3679

Francisco Villaespesa

Doña María de Padilla

Drama histórico en tres actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1914

10

Doña María de Padilla

Doña María de Padilla

Drama histórico en tres actos y en verso

Original de

FRANCISCO VILLAESPESA

Estrenado con extraordinario éxito por la compañía Guerrero-Mendoza
la noche del 6 de Mayo de 1913, en el
teatro Cervantes, de Sevilla

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
21 — Calle de San Pablo — 21
1914

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La «Sociedad de Autores Españoles» es la encargada de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELONA

Al señor don Juan B. Sitges, ilustre autor de "Las mujeres del Rey Don Pedro", devotamente.

Villaespesa

Madrid, Abril 1913

REPARTO

Personajes		Actores
Doña María de Padilla.	*Sra.*	*Guerrero*
La reina madre doña María de Portugal .	»	*Salvador*
Doña Blanca de Borbón.	»	*Jiménez*
Mencía	*Srta.*	*Ladrón de Guevara*
Beltrán.	»	*Ruiz Moragas*
Doña Sol	»	*Rivas*
Doña Juana García de Sotomayor	»	*López Heredia*
Doña Isabel	»	*Riquelme*
El rey don Pedro . .	*Sr.*	*Díaz de Mendoza (F.)*
Don Juan Alfonso de Alburquerque . . .	»	*Díaz de Mendoza (M.)*
Don Fadrique	»	*Codina*
Pero López de Ayala .	»	*Cirera*
Fernán Ruiz de Castro.	»	*Juste*
Don Juan de la Cerda.	»	*Guerrero*
Sancho Fernández de Toro	»	*Carsí*
Alvaro de Zúñiga. . .	»	*Covisa*
Diego de Padilla. . .	»	*Ortega*
Un paje		
La voz de un juglar. .	»	*Montenegro*

Damas, pajes, fijosdalgos, ballesteros y soldados.

ACTO PRIMERO

Un patio del nuevo alcázar real de Sevilla. Al fondo, una galería de columnas que da a un jardín, separada de éste por una verja de hierro. A la izquierda, en primer término, una puerta árabe, cubierta por un rico tapiz oriental, y un ajimez. A la derecha, dos puertas, cubiertas también por ricos tapices.

ESCENA PRIMERA

FERNÁN RUIZ DE CASTRO, DON JUAN DE LA CERDA y SANCHO FERNÁNDEZ DE TORO.

SANCHO ¡Más nos valiera vivir
como esclavos prisioneros
en la corte de un emir,
que ser aquí caballeros!
Pues, ¡oh, suerte desdichada!,
menos a un noble le humilla
vivir cautivo en Granada
que andar libre por Castilla!

CERDA El moro blande el lanzón
y nos tala la frontera;
Portugal su presa espera
y nos acecha Aragón.
Navarra pasa la raya,
y las galeras inglesas,
en Galicia y en Vizcaya
queman naves y hacen presas.

CASTRO Las contiendas interiores
causan más hondos quebrantos,

678194

porque hay en Castilla tantos
monarcas como señores...

SANCHO ¡ Si don Alfonso pudiera
dejar la tumba... !

CASTRO No poca
culpa a don Alfonso toca
—y acaso la tenga entera—
de los males actuales,
pues dejó, como sabéis,
un hijo : don Pedro, y seis
nobles bastardos reales.
Su reino entre ellos partió,
¡ vive Dios, con poca ley !,
que a los bastardos dejó
casi tanto como al rey.
Y más tierra castellana
tienen en feudos, hoy día,
los hijos de la Guzmana
que el de la reina María.

SANCHO Además, por otra parte,
propagan la rebelión
levantando su estandarte
los infantes de Aragón,
primos del rey, y el valido
Alburquerque, el portugués...
En fin... Tres bandos... Los tres
el reino se han repartido.
Y ver Castilla consterna,
¡ que es el cetro castellano
muy duro para la mano
juvenil que nos gobierna... !

CASTRO ¡ Mas no se rinde, en verdad,
de don Pedro la altivez :
lo que le falta de edad
le sobra de intrepidez !
Callad, callad, castellanos...
¿ Qué pedís y qué queréis?
¿ De qué os quejáis, si tenéis
el remedio en vuestras manos?
¡ Rebelaos contra el medro
de bastardas ambiciones ;
congregad vuestros pendones

en torno del rey don Pedro!
¡Prestad fuerza a su mesnada,
y haced del guión real
el estandarte ideal
de alguna nueva cruzada!
Y entonces, si ruge airado
el cachorro del león,
el inglés huirá asustado;
y Navarra y Aragón,
y Granada y Portugal,
y otras tierras más lejanas,
caerán al golpe mortal
de las lanzas castellanas.

ESCENA II

Dichos y ÁLVARO DE ZÚÑIGA, que entra por la verja del foro.

ALVARO (Aproximándose al grupo y en voz baja.)
¡Grandes noticias he oído
y os las vengo a relatar!
De acuerdo con el valido,
la reina quiere casar
al rey con una princesa
que es ornamento y florón
de la corona francesa:
doña Blanca de Borbón.
Esto se dice en Sevilla...
Pero el rey no lo consiente,
porque cada día siente
más amor por la Padilla.

CASTRO Ese amor la causa es
por la cual el casamiento
aconseja el portugués.
Ve morir su valimento
y de todos desconfía...

CERDA Mas él ¿no fué quien unió
al rey con doña María?

CASTRO Él de tercero sirvió.
Mas la que pensó que fuere
su mejor apoyo, ha sido

su ruina, y por eso quiere
vengarse de ella el valido.

ALVARO — A la Guzmana ha apresado
la reina, y en Talavera
vengar con su sangre espera
las ofensas del pasado.
Y por tan justo motivo,
dicen que inquietos están
los hijos de la Guzmán.
Don Enrique muestra altivo
sus recelos, preparando
por sus manos la justicia,
a sus parciales armando
en sus tierras de Galicia.
Y su maestrazgo dejó
don Fadrique. Aquí ha venido,
y al rey de todo enteró
para que esté prevenido.

SANCHO — ¡Don Pedro le quiere bien,
y evitará, como pueda,
que a su madre le suceda
el mal que todos prevén!...

CASTRO — ¡Y además, doña María
de Padilla no dejara
que la reina consumara
venganza que es felonia!...

(Aparecen por la galería del fondo don Fadrique y Pero López de Ayala, conversando en voz baja.)

ESCENA III

Dichos, DON FADRIQUE y PERO LÓPEZ DE AYALA.

SANCHO — Mas ¡silencio! Don Fadrique
aquí dirige sus pasos
con Pero López de Ayala,
el poeta, conversando. (Todos se vuelven.)

CASTRO — Con razón reza el proverbio:
tras de la cruz, el diablo.
¡Lo que tiene de poeta
le falta a Ayala de honrado,

que si mide bien los versos,
mide, en cambio, mal sus actos !

(Todos se inclinan ante don Fadrique.)

¡ El Señor guarde los días
del maestre de Santiago,
para orgullo de su casa
y gloria de estos estados !

FADRIQUE (Saludando.)
¡ El cielo os guarde, señores !

SANCHO Dejad, dejad que este anciano,
que al lado de vuestro padre
cayó herido en el Salado,
os bese con toda el alma,
señor maestre, la mano,
ya que de ella, por mortales,
indignos son estos labios !...

(Le besa la mano.)

ALVARO Mas, señor, ¿cómo en Sevilla?

FADRIQUE De Extremadura he llegado
ha dos horas, para ver
al rey don Pedro, mi hermano.

ESCENA IV

Dichos y BELTRÁN, que entra por la puerta izquierda.

BELTRÁN El rey, señores, os llama,
que quiere a todos mostraros
los gerifaltes, las joyas,
las armas y los caballos
que el rey moro de Granada
le envió como regalo.

(Los nobles saludan a don Fadrique y salen por la puerta de la izquierda, cuyo tapiz sostiene Beltrán.)

FADRIQUE (A Beltrán.)
Beltrán, dí a doña María
de Padilla que aquí aguardo
su venia, para ofrecerle
mis respetos.

BELTRÁN Saliendo por la primera puerta de la derecha.)
(¡ Así al paso
podré decir a Mencía
el fervor con que la amo !)

ESCENA V

DON FADRIQUE y PERO LÓPEZ DE AYALA.

LÓPEZ (Aproximándose, después de haberse convencido de que están solos.)
Decidme, pues, don Fadrique,
decidme ya, ¡vive Dios!
¿qué contesto a don Enrique?
¿Se puede contar con vos?
Si en su bando os asegura,
a daros se compromete
medio reino...

FADRIQUE ¡Calla o vete!

LÓPEZ (Insinuante.)
Nuestra victoria es segura,
y aun haceros saber quiero
que para esta rebelión
Francia nos dará dinero,
y armas nos presta Aragón.
(Con misterio.)
Y hasta en la misma Sevilla
hay alguien que, sin cesar,
va afilando su cuchilla
para con ella vengar
de don Pedro los rigores...

FADRIQUE (Indignado.)
¡Coro a la traición hacer,
eso es, Pero López, ser
más traidor que los traidores!

LÓPEZ (Sin hacer caso.)
¡Aceptad! ¡No andéis remiso!
¡Medio reino...! ¡Es buen presente!

FADRIQUE ¡Calla, no vengas, serpiente,
a echarme del paraíso!
¡Lo que tu labio ofreció
es rico, rico manjar,
capaz, capaz de tentar...
a otro que no fuera yo!
¡Mas pierdes el tiempo en vano!
No iré con vosotros, pues

si don Enrique es mi hermano
también don Pedro lo es... !
¡ Y puestos en igualdad
de afectos, mi corazón
se queda con la lealtad
y rechaza la traición !

LÓPEZ (Con voz baja y dejando caer con lentitud las palabras.)
Vuestra madre, en Talavera,
donde encerrarla le plugo
a la reina, acaso espera
la visita del verdugo.

FADRIQUE (Poniéndole la mano en la boca, violentamente.)
¡ Sella tus labios crueles !
¡ Por librarla aquí llegué
tan raudo, que reventé
mis tres mejores corceles !
(Lleno de esperanza.
Mas ¡ nunca ! El rey no podrá
consentir tal felonía...
Yo hablaré a doña María
de Padilla, y ella hará,
pues es buena y es clemente
—mi corazón no se engaña,—
que se borre de mi frente
la nube que ahora la empaña.
¡ Parte y dile a don Enrique
que confíe en mi valor...
¡ Mientras viva don Fadrique
vivirá doña Leonor !

LÓPEZ Me iré, señor, de Sevilla
sin vos, mas os pesará...

FADRIQUE ¡ Vete, que se acerca ya
doña María Padilla !

(Pero López se va por la galería del foro. Por la primera puerta de la derecha entra doña María de Padilla, seguida de damas y pajes. Beltrán sostiene el tapiz para que pasen.)

ESCENA VI

DOÑA MARÍA DE PADILLA, DON FADRIQUE, BELTRÁN, MENCÍA, damas y pajes. Todos estos últimos se retiran a la galería del fondo. Don Fadrique se inclina cortésmente.

MARÍA ¡Perdonad, señor maestre,
que os hiciera aguardar tanto!
Estaba viendo una veste
de brocatel amaranto,
de oro y perlas recamada,
con un broche de rubí,
que ha enviado para mí
el rey moro de Granada.
Mas, ¿cómo en Andalucía,
don Fadrique?

FADRIQUE Sabe Dios
que sólo vine por vos.
¡Mas antes, doña María,
de que os diga la razón
de mi viaje, dejad
que os bese manos que son
las manos de la piedad!

(Se inclina y le besa las manos gentilmente.)

MARÍA ¡Bizarro sois y cortés!
Que no en vano los juglares
celebran con sus cantares
vuestra cortesía, y es
ya proverbial en Sevilla
la finura y el halago
del maestre de Santiago,
don Fadrique de Castilla...

FADRIQUE (Arrodillándose.)
¡Mas arrodillado ahora,
vuestro afecto en mí no vea
al doncel que galantea,
sino a un hijo que os implora!

MARÍA (Tendiéndole las manos y levantándole.)
¡Contadme vuestro pesar...
Decidme, señor, en qué
mi ayuda os puedo prestar,

y mi ayuda os prestaré!

FADRIQUE ¡Supe que a doña Leonor,
mi madre, amenaza hoy
pena injusta, y aquí estoy
a implorar vuestro favor!
Que al rey le habléis para que
su piedad logre impedir
lo que mi temor prevé...
¡Es cuanto vengo a pedir!

MARÍA ¿Se atreverán a intentar?

FADRIQUE (En voz baja.)
Algo ha llegado a mi oído...
¡Todo se puede esperar
de la reina y del valido!

MARÍA Haré cuanto deseáis.

FADRIQUE Todo lo espero de vos,
porque lo que vos no hagáis
sólo puede hacerlo Dios...

MARÍA En mí, señor, confiad.
Con el rey he de insistir
tanto, que he de conseguir
al cabo su libertad.

FADRIQUE En vos confío su vida;
y en verdad no fío en vano,
pues estando en vuestra mano
sé que está bien defendida.

MARÍA Y ahora, a mi estancia, señor,
venid; venid a alegrar
un poco vuestro dolor
con las trovas de un juglar
que ayer de Provenza vino.

FADRIQUE Rogar por vos no me hago.

MARÍA (A los pajes.)
¡Id señalando el camino
al maestre de Santiago!

(Salen por la puerta del primer término de la derecha don María y don Fadrique, precedidos de pajes y seguidos de las damas. Don Beltrán sostiene el tapiz, y al ir a salir Mencía lo deja caer, interponiéndose.)

ESCENA VII

MENCÍA y BELTRÁN.

BELTRÁN ¡Teneos, doña Mencía!
MENCÍA ¿Qué me queréis, don Beltrán?
Mis compañeras se van,
y no es buena compañía
para una dama un galán
de vuestro porte y valía,
porque con razón dirán
que Beltrán ama a Mencía,
o Mencía ama a Beltrán.
BELTRÁN ¡También pudieran decir
que nos amamos los dos!
MENCÍA (Interrumpiéndole.)
Y si eso dijeran, vos
lo tendréis que desmentir,
pues no es cierto.
BELTRÁN ¡Vive Dios!
Eso me faltaba oir...
¿Conque mienten al decir
que nos amamos los dos?
MENCÍA Mas ¿qué os habéis figurado?
BELTRÁN Yo no me figuro nada.
MENCÍA ¿Alguna prueba os he dado?...
¡No os amo!
BELTRÁN ¡Buena celada!
¡Lo que el labio me ha negado
lo afirma vuestra mirada!...
¡Como os habéis figurado,
yo... no me figuro nada!
MENCÍA (Indignada.)
¡Habráse visto atrevido!
¿Pues no dice que mis ojos?...
BELTRÁN Calmad, pues, vuestros enojos,
que sólo, señora, os pido
que me digáis: ¿Han mentido
vuestros labios o los ojos?
MENCÍA (Ruborosa.)
Ambos a un tiempo... Los dos

mintieron... ¡Voy a escuchar
los cantares del juglar!
La reina se acerca... ¡Adiós!

(Se libra de Beltrán y se escapa por detrás del tapiz.)

BELTRÁN (Tras ella.)
¡Con vos me voy! Junto a vos,
¡qué dulces deben sonar
los cantares del juglar!..

(Aparecen por la galería la reina y don Juan Alfonso de Alburquerque.)

ESCENA VIII

LA REINA y DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE.

ALBUR. ¡Reportaos, señora
REINA No es posible,
pues para el odio inexorable y ciego,
para el furor voraz e inextinguible
que abrasa mis entrañas con su fuego,
que emponzoña mis venas y me muerde
el corazón y el alma me devora,
¡son siglos cada instante que se pierde
y son eternidades cada hora!...
¡Tengo sed de su sangre!
ALBUR. En Talavera
doña Leonor sus crímenes espía...
¿Qué más podéis hacer?
REINA ¡Quiero que muera!
¡Vos conocéis, don Juan, esta agonía!
¡De noche me desvela su recuerdo,
me hace saltar del lecho dando aullidos;
hasta hacerlos sangrar, los puños muer-
y desgarran las uñas mis vestidos! [do,
¡Lanzan mis ojos trágicos destellos
y rechinan de cólera mis dientes,
y silban y se agitan mis cabellos
como hambrientos manojos de serpien-
¡Tengo sed de su sangre! [tes!...
ALBUR. Mas, señora...

REINA ¡Toda su sangre entera no bastara
—ni la de todos los bastardos—para
saciar la inmensa sed que me devora.
Mi venganza será terrible y dura,
como ella fué... ¿Mi labio no ha apurado,
gota a gota, la copa de amargura
que ella con su veneno ha emponzoñado?
¡Copa por copa! Es justo que procure
que ella goce también sus embriagueces...
¡Ahora me toca a mí! ¡Que ella la apure,
como yo, toda entera...! ¡Hasta las he-
[ces!...

ALBUR. Tened calma, por Dios... Yo veré modo
de que satisfagáis vuestros enojos
sin que nadie sospeche... El reino todo
tiene en doña Leonor puestos los ojos.
Presiente vuestro crimen y os espía...
Hay que buscar las sombras, como os
[digo...

REINA ¡No quiero sombras! ¡A la luz del día,
igual que el crimen fué, será el castigo!
¿No vió Castilla entera mi esperanza
morir entre sus manos prisionera?
¡Pues ahora que también Castilla entera
contemple su expiación y mi venganza.

ALBUR. Mas no podemos, sin don Pedro, nada
intentar. Esperemos... Por ahora
nos es contraria la ocasión, señora.
La orden de muerte debe ser firmada
por el rey...

REINA (Sacando del seno un pergamino.)
¡Basta el sello! ¡Aquí está el pliego!
Vos el sello tenéis... ¡Sellad!

ALBUR. ¡Oidme!
Esperemos aún... Más tarde... Luego...
Yo hablaré el rey...

REINA ¡Pero, don Juan, decidme:
¿tan segura tenéis vuestra privanza?
¡Este pliego, don Juan, ahora selláis,
porque mañana acaso no podáis
vuestra ayuda prestar a mi venganza!

ALBUR. (Anonadado.)
Es verdad... Mi privanza se ha eclipsado.
Tan sólo falta que me digan : ¡ vete !,
que en las manos de un rey es un privado
lo que en manos de un niño es un juguete.
¡ Y mañana pudiese la Padilla,
no solamente arrebatarme el sello
real, sino también segar mi cuello
bajo el golpe mortal de su cuchilla !
(Se queda sombríamente pensativo.)

REINA (Mostrándole el pliego.)
¡ Sellad, sellad, don Juan !

ALBUR. (Como huyendo de un fantasma.)
¡ Aparta ! ¡ Huye !
Tu sombra idolatrada y maldecida
pasa por las tinieblas de mi vida
como un ciclón que todo lo destruye...
(Violentamente, acercándose a la reina.)
¿ Y tú me hablas de celos? ¿ Tú de celos
a mí, que por tu culpa atormentado,
mil veces de furor me he revolcado
escupiendo mi cólera a los cielos?
¡ Tú de celos a mí, cuando he querido,
para saciar la sed que me enajena,
desenterrar su sombra del olvido,
aullando de rencor como una hiena !...
¡ Huye, aparta de mí ! Fantasmas gimen
en el aire... Me evoca tu figura
nuestro crimen.

REINA ¡ Pues bien, por ese crimen
—si fué un crimen amarse con locura,—
por ese fiero amor voraz y eterno,
por este anhelo inextinguible y fuerte
que nos ligó en la vida, y en la muerte
nos ligará también en el infierno !
Por tu sangre culpable, por la mía,
que es más culpable aún, don Juan, te
[ruego...

ALBUR. (Fascinado.)
¡ Cállate, por piedad, doña María... !
Triunfe otra vez el mal... ¡ Sellaré el plie-
[go... !

(Saca de la escarcela el sello y sella el pliego, entregándoselo a doña María.)

REINA (Tomando el pliego.)
¡Gracias, gracias, don Juan! ¡Mi vida [entera
es tuya! Está en tus manos... Quien osara
alzarse contra ti, mis furias viera,...
¡y si mi propio hijo se atreviera,
mi hijo por ti, don Juan, sacrificara!
Sobre veloz corcel un escudero
a Talavera volará. Le guía
de mi venganza el acicate fiero...
¡Por fin, por fin doña Leonor es mía!
(Se va rápidamente por la segunda puerta de la derecha, agitando el pliego. Alburquerque la contempla inmóvil.)

ESCENA IX

ALBURQUERQUE.

ALBUR. (Ensimismado.)
El crimen hecho está. ¡Calla, conciencia!
Si no tuviste, no, valor bastante
para oponerte al mal, ¿por qué ahora vie- [nes
con tus sordas palabras a hostigarme?
La suerte echada está... Pues bien... Lu- [chemos,
y si caigo vencido en el combate,
como un emperador moriré envuelto
en un manto de púrpura y de sangre.
¡Ay de don Pedro, y ay de la Padilla
si a mi destino opónense!... ¡Ya es tarde
para retroceder! ¡Valor, conciencia!
¡Cállate de una vez! ¡Cállate, cállate!...

ESCENA X

Dicho, DON JUAN DE LA CERDA, FERNÁN RUIZ DE CASTRO y RICOS HOMBRES, que salen por la puerta de la izquierda.

CERDA (Dando muestras de indignación y dirigiéndose a Alburquerque.)
No se puede tolerar...

Esto a los nobles humilla...
¡Pues no acaban de nombrar
a don Diego de Padilla
montero mayor, y a don
Juan García Villajera,
su otro hermano, campeón
de Navarra en la frontera!

ALBUR. (Encarándose con los que entran.)
Ricos homes de Castilla.
¿Qué orgullo podéis tener
cuando os resignáis a ser
esclavos de la Padilla?
¿Para qué esas enjoyadas
plumas y esos tahalíes,
tantas divisas bordadas
en las bandas carmesíes,
y tantos áureos aceros,
cuando os imponen sus leyes,
como a míseros pecheros,
las mancebas de los reyes?
Ayer era la Guzmana,
hoy tenéis a la Padilla...
¿A quién serviréis mañana,
ricos homes de Castilla?
Aquellos nobles varones,
orgullo y prez de esta tierra,
que fueron como leones
invencibles en la guerra;
los que se hicieron temer
de los monarcas más fieros,
hoy lamen, como corderos,
las plantas de una mujer.
Degeneró la semilla...
¡No parece sino que
el honor por siempre fué
desterrado de Castilla!

ESCENA XI

Dichos, DON PEDRO, DIEGO DE PADILLA, BELTRÁN y ballesteros.

PEDRO (Descorriendo violentamente el tapiz de la izquierda.)
Don Juan Alfonso, más tiento
poned en el platicar,
porque pudiera faltar
a vuestros labios aliento.
¡ Si seguís hablando en mengua
del orgullo castellano...
no ha de faltar una mano
que os sepa arrancar la lengua !
(Los nobles retroceden sorprendidos.)

ALBUR. ¡ Don Pedro !

PEDRO No os disculpéis,
que vuestras disculpas son
máscaras de la traición...
¡ Traidores ! ¿ Por qué tenéis
feudos, armas y caballos
pensáis imponerme leyes?...
¡ Las leyes las dan los reyes,
y las cumplen los vasallos !
(A Alburquerque.)
¡ Vos, portugués, que vinisteis
a estos reinos desterrado,
si bien ayer me servisteis,
yo mejor os he pagado !
Os nombré mi consejero,
y fuísteis, pese a la ley,
después del rey, el primero,
y a veces, antes que el rey.
Dadme aquel sello que os di ;
y dad gracias a la suerte
que tras de oir lo que oí
no selle con él aquí
vuestra sentencia de muerte.

ALBUR. (Entregándole el sello.)
Algo os dijera en mi abono.

¡ Mas recordad solamente
que ha encanecido mi frente
defendiendo vuestro trono !

PEDRO ¡ Que esto os valga a Dios le plugo,
porque si eso no os valiera,
rodar vuestra testa hiciera
la justicia del verdugo !

(A don Juan de la Cerda.)

¡ Maestre de Calatrava,
entregad vuestra cuchilla,
vuestra venera y la clava
a don Diego de Padilla !

CERDA (Entregándolas.)
¡ Señor, mi clava aquí está ;
y mi honor no se querella
de verse privado de ella...
sino de ver donde va !

PEDRO Y porque no vuelva a oir
críticas en mis estados,
vais, sin armas, a salir
de Castilla desterrados.

DIEGO (Acercándose a don Juan Alfonso de Alburquerque.)
Dadme la espada, os lo ruego...

ALBUR. Diego de Padilla... ¡ atrás !
Sólo a mi rey se la entrego ;
mas a tus manos... ¡ jamás !
Tocándola la desdoras...
Está su acero mellado
de segar gargantas moras
a la orilla del Salado...
¡ Y en Algeciras, mi mano
desnudóla, la primera,
al frente de la bandera
de mi joven soberano !

(La desenvaina y se la presenta a don Pedro.)

Tomadla, don Pedro, pues
espada como la mía
jamás, señor, rendiría
si no fuese a vuestros pies.

(Viendo que el rey no la toma, intenta romperla.)

Por más que romperla quiero,
no se rompe... ¡ Contemplad !...

¡Pues lo mismo que su acero
es, don Pedro, mi lealtad!

PEDRO Mi justicia no os perdona,
porque con vuestras razones
mentís de vuestras acciones...
La lealtad que se pregona
más que lealtad es agravio,
y más que agravio es traición...
¡Lealtad que vive en el labio
ha muerto en el corazón!

CASTRO Don Pedro, pagar así
no es justo tan noble celo...

PEDRO ¿Quién sois, Fernán, vive el cielo,
para interrumpirme a mí?

CASTRO Señor, vuestras iras templo...

PEDRO ¡Pues he de hacer, vive Dios,
un escarmiento con vos
para que sirva de ejemplo!
Prended, don Diego, a los tres,
y en cadena, cual trahilla,
a Triana llevadlos, pues
quiero que mire Sevilla
y sepa Castilla entera,
con este caso ejemplar,
la cólera justiciera
de un rey que quiere reinar!

(Don Diego de Padilla y algunos ballesteros prenden a los tres en el momento que aparece doña María de Padilla, seguida de Mencía, damas y pajes.)

ESCENA XII

Dichos, DOÑA MARÍA DE PADILLA, MENCÍA, damas y pajes.

MARÍA ¿Preso don Alfonso y preso
don Juan?
(Al rey) Decidme, señor,
os lo suplico: ¿qué es eso?
¿Qué causa vuestro rigor?
Mas no, no quiero saber,
señor, las justas razones

que os obligan a prender
a tan nobles infanzones.
Sólo os pido su perdón,
que si es noble castigar,
para un regio corazón
es más noble perdonar.
(Se arrodilla ante el rey. Momentos de expectación.)
¡Su perdón mi labio implora,
y postrada me veréis,
hasta que no les dejéis
libres !...

PEDRO (Duda un momento; luego le tiende la mano y la levanta.) ¡Levantad, señora,
que nada os puedo negar !
¡Libres sois, para poder (A los presos.)
enseñaros a admirar
la virtud de esta mujer !
(Algunos pajes y don Diego de Padilla desencadenan a don Juan Alfonso de Alburquerque y a don Juan de la Cerda, olvidando a Fernán Ruiz de Castro.)

MARÍA (Reparando el olvido y acercándose a Fernán.)
¡Dejad que os quite mi mano
cadena que os oprimió,
pues si os la puso mi hermano
justo es que os la quite yo !

CASTRO ¡La vida preso pasara
porque una mano tan buena
por mí no se molestara
al quitarme la cadena !

PEDRO (Acercándose y quitándole la cadena.)
¡Sois galán; mi propia mano
la fineza va a pagar;
que si os la puso su hermano
el rey os la va a quitar !

CASTRO Mi labio se torna mudo
porque el goce me enajena...
¡Desde ahora, esta cadena
será el florón de mi escudo !

CERDA ¡Mil gracias, doña María !

PEDRO Preparad todos, señores: (A los nobles.)
corceles, armas y azores,

pues vamos de cetrería.

(Todos se inclinan y van saliendo por el foro.)

CASTRO (A doña María, al salir.)
¡Mi vida está a vuestros pies!...
Y ahora que sepa Sevilla
todo lo noble que es
doña María Padilla!

ESCENA XIII

DON PEDRO y DOÑA MARÍA.

MARÍA ¡Gracias, señor! (Tendiéndole los brazos.)
PEDRO ¡Doña María!
Por fin que puedo reposar
entre tus brazos como un niño
en el regazo maternal.
(Se sientan en un diván morisco cerca de la ventana.)
Como el que torna de un combate,
ensangrentado, y en su hogar
se arranca el férreo coselete,
el casco, el peto, el espaldar,
a tu presencia me despojo
de todo anhelo terrenal,
para poder, libre de trabas,
el aire puro respirar.
¿Que la traición, como una sombra,
sigue mis pasos sin cesar?
¿Que el odio azuza sus mastines
mientras afila su puñal?
¿Que el crimen puede nuestra copa
con su veneno emponzoñar?
¿Que la venganza nos acecha
en la nocturna obscuridad,
acurrucada en los tapices
de nuestra cámara real?
¡Nada me importa, mientras pueda
en tus pupilas contemplar
todos los sueños de la vida,
como un desfile triunfal

de áureas galeras victoriosas
sobre la gloria azul del mar!
¡Amor! ¡Amor! Toca mis venas...
¡Quieren romperse y estallar
para envolverte con su sangre
en una clámide imperial!

MARÍA ¡Bebo mi amor en tus palabras
una embriaguez de eternidad!
¡Mis pies no tocan en la tierra;
mi alma y mi cuerpo se me van,
cual si en sus ráfagas bravías
me arrebatase el huracán!
¿Cómo pagar tanta ternura?
¿Cómo, mi amor, tu amor pagar?
Quisiera ser entre tus labios
como las mieles de un panal;
sobre la copa de tus manos,
agua más clara que el cristal;
bajo tus pies, yerba olorosa,
para poderte perfumar...
¡Ser tuya, tuya, siempre tuya!
Vivir tan juntos, como están,
los labios de una misma boca,
las perlas de un mismo collar...
Y ser tu sombra.... Por la vida
tras de su cuerpo caminar;
y cuando duermas bajo tierra
en el sepulcro, vigilar
tu sueño último, de hinojos
sobre tu piedra tumular,
el índice puesto en el labio,
bañada en lágrimas la faz,
¡como si fuese la callada
imagen de la Eternidad!

(La voz del juglar cantando en el jardín.)

JUGLAR Rosal que otoño deshoja
vuelve en mayo a florecer...
¡Rosal de la juventud
sólo florece una vez!
Al dehojarse las rosas
los ruiseñores se van;
mas vuelven con los rosales

en primavera a cantar..
¡Goza el amor, que el amor,
si se va, no vuelve más!

PEDRO (Levantándose.)
¿Qué voz, señora, está cantando
en el jardín?

MARÍA Es el juglar
que llegó ayer de la Provenza.
(Como recordando de pronto.)
(¡Ah, don Fadrique!)

PEDRO (Atrayéndola.) ¡Qué cantar
más dulce!... Sigue, sigue hablándome,
porque tu voz me agrada más.

MARÍA (Acercándosele de nuevo y tomándole la mano.)
Señor, señor, como recuerdo
de este momento, ¿me darás
lo que te pida?

PEDRO ¡Todo es tuyo!
¿Qué cosa tuya no será?
¿Quieres acaso los tesoros
que guardo en mi arcón real?
¿Aquel anillo de esmeraldas
con el que puedes encantar
a las serpientes?... En corderos
a los leones trocarás.
¿Quieres el broche de topacios
que me trajeron de Bagdad,
que le da al pecho en que fulgura
la paz y la felicidad?
¿Quieres las perlas orientales
de aquel riquísimo collar,
que al desposarse dió a mi madre
mi abuelo, el rey de Portugal,
perlas que son, doña María,
ejemplos de fidelidad,
porque si enferma quien las lleva
ellas enferman a la par?

MARÍA Señor, no quiero los tesoros
que guardas en tu arcón real...
Sólo te pido que libertes
de su prisión a la Guzmán.

PEDRO (Con indiferencia.)
Es un regalo que a mi madre
hice, lo mismo que se da
a un niño un pájaro, un juguete,
para que pueda malgastar
con él las horas y no venga
nuestra atención a importunar.

MARÍA (Con intención.)
Mas ved que el niño puede al pájaro
entre su mano estrangular...
En la prisión se muere pronto...
El hacha puede hacer saltar
sangre, que vaya el regio armiño
de vuestra túnica a manchar...

PEDRO ¿Mas es posible que se atrevan
en contra de mi voluntad?
Mi madre... ¿acaso?
(La Padilla hace un gesto afirmativo.)
¡Nadie, nadie,
a la Guzmán ha de tocar!
¡Tengo el furor de los leones,
más no el instinto del chacal!

MARÍA (Postrándose.)
Pues bien, señor, firma al instante
la orden de su libertad...
De los perdones es la hora...
Da tu perdón a la Guzmán...
¡Es el regalo que te pido!

PEDRO ¡Oh, mi ángel bueno! ¡Alza!... ¡Bel-
(Llamando.) [trán!
El traerá el pliego...
(Levanta a doña María. Beltrán aparece por la izquierda.)

MARÍA (Abrazándole.) ¡Gracias, gracias!

PEDRO ¿Qué fuera yo sin tu bondad?
(Se va, seguido de Beltrán, por la izquierda.)

ESCENA XIV

DOÑA MARÍA y MENCÍA.

MARÍA (Llamando a la primera puerta de la derecha.)
¡ Mencía !
MENCÍA ¡ Señora !
MARÍA ¿Dónde
está don Fadrique?
MENCÍA Allá,
en el jardín, escuchando
con las damas al juglar...
¡ Y un alma en pena parece
según lo triste que está !
MARÍA Yo misma voy a llevarle
noticia que ha de alegrar
su corazón dolorido...
(La reina, que va a salir por el segundo término de la derecha, se detiene al ver a doña María y escucha.)
MENCÍA ¿Qué es ello?
MARÍA Firmando está
el rey, de doña Leonor,
su madre, la libertad... (Se van por el foro.)

ESCENA XV

LA REINA.

REINA (Con gozo, viéndolas salir.)
¡ Inútil será ya !... ¡ Doña María,
tarde acudiste para libertarla !
La vida tiene pies : camina torpe ;
pero la muerte vuela : ¡ tiene alas !
Partió ya mi escudero a Talavera...
Rodará su cabeza... ¡ Y cuando vayan
a darle libertad, será un cadáver
lo único libre que a la tumba salga !

ESCENA XVI

LA REINA y BELTRÁN, que aparece en el primer término de la izquierda con un pliego en la mano.

BELTRÁN — Doña María... Este pliego
el rey para vos me manda.
REINA — Dámelo...
BELTRÁN — (Sorprendido.) No sé, señora,
si es para vos... Yo pensaba...
REINA — (Interrumpiéndole.)
¿Que era para la Padilla?
Pues es para mí... Te engañas.
BELTRÁN — (Inclinándose.)
Vuestra alteza me perdone;
mas como las dos se llaman
lo mismo, y el rey tan sólo
me dijo que lo entregara
a doña María...
REINA — (Imperativa.) ¡Venga!
BELTRÁN — (Dándoselo.)
Perdonad esta ignorancia...
Y si vos me dais licencia,
me voy con el rey de caza.

(Sale por la derecha.)

ESCENA XVII

LA REINA y DOÑA MARÍA.

(Mientras la reina lee ávidamente el pliego, aparece por el foro la Padilla.)

MARÍA — (Sorprendida. La reina oculta el pliego.)
Su alteza me perdone... Mas venía...
REINA — (Triunfalmente.)
Tarde llegaste... Lo que aquí buscabas
está ya en mi poder. ¡Mira este pliego!...
(Se lo muestra.)
MARÍA — ¡Señora, por piedad!
REINA — ¡Ah!... ¿Tú pensabas

—¡ miserable de ti !—poner un freno
con tu imbécil piedad a mi venganza?

MARÍA (Suplicándole.)
Señora, dadme el pliego... ¡ Pronto !...
[¡ Es mío !

REINA ¿Cuando hace poco con el rey hablabas,
a galope un corcel pasar no oíste
al pie de esa ventana?
Un pliego a Talavera conducía...

MARÍA (Como si le agitase de pronto una idea terrible.)
¡ No lo quiero pensar ! ¡ Señora, basta !...

REINA ¡ Pero en vez de la vida, en ese pliego,
galopando veloz, la muerte marcha !...
(Se oyen trompas lejanas de caza.)

MARÍA ¡ No puede ser ! ¡ No puede ser ! ¡ No cabe
en corazón humano tanta infamia !...
¡ Dadme ese pliego ! ¡ Pronto, os lo suplico,
a vuestros pies, señora, arrodillada... !

REINA ¡ No será ! ¡ No será !

MARÍA ¡ Pediré amparo !

REINA ¡ Cállate ! ¡ Cállate ! ¿Para qué llamas
si nadie ha de acudir? ¿No oyes las trom-
¡ Nuestro rey y señor se va de caza ! [pas?
¡ No la podrás salvar !...

MARÍA ¡ Dadme ese pliego !
¡ Dadme ese pliego !

REINA ¡ No !

MARÍA ¡ Socorro !

REINA (Sujetándola por el cuello.) ¡ Calla !
La Guzmán morirá...

MARÍA ¡ Mas esa sangre
la noble frente de don Pedro mancha !...
¡ Mas no, no puede ser... dadme ese pliego !
(Se desprende violentamente de la reina y se alza
amenazante.)

REINA ¡ Con qué fiera altivez me lo reclamas !

MARÍA ¡ Señora, por piedad !

REINA (Con sarcasmo.) ¡ Cómo defienden
la presa de su amor las cortesanas !
¿Temes que lo que hoy hago yo con ella
mañana haga contigo doña Blanca?

MARÍA ¡ Señora, por piedad... ! ¡ Mirad mi llanto

REINA La Guzmán morirá...

MARÍA (Loca de dolor.) Mi pecho estalla...
Y ya no puedo más... ¡ Dadme ese pliego,
o yo mismo os lo arranco !
(Avanza hacia la reina.)

REINA (Retrocediendo hacia la ventana.)
¡ Calla ! ¡ Calla !
¿Te atreverás? ¿Te atreverás?

MARÍA (Avanzando con energía.) ¡ A todo,
antes de consentir tan torpe hazaña !
(La reina rasga el pliego y lo arroja por la ventana. Después se vuelve, altiva, hacia doña María.).

REINA Ahora díselo al rey... ¡ Cuando él lo sepa
ya se habrá consumado mi venganza !

MARÍA (Retrocediendo espantada.)
¡ Maldición sobre ti, reina maldita !
¡ Maldición sobre ti ! ¡ Sobre ti caiga,
como lluvia de fuego inextinguible,
esa sangre inocente que derramas !

TELÓN LENTO

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el acto anterior. Anochece.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE, DON JUAN DE LA CERDA, PERO LÓPEZ DE AYALA, ÁLVARO DE ZÚÑIGA, SANCHO FERNÁNDEZ DE TORO y conjurados.

ALBUR. Señores, los grandes males
exigen grandes remedios,
y hay que cortar por lo sano
si hemos de salvar al reino,
que no hay médicos que dejen,
por librar un solo miembro
gangrenado, que por él
se gangrene todo el cuerpo.

CERDA Nadie aquí tiene segura
la cabeza sobre el cuello,
porque no respetan nada
las furias del rey don Pedro.
Cayó Garcilaso en Burgos,
cayó en Aguilar mi suegro:
Coronel; Núñez de Prado
también a traición ha muerto...

ALBUR. ¡Y lo que es él para todos
en mí tenéis el ejemplo!
Me quitó el sello real;
desatendió mis consejos,
y me temo que mañana,
vengativo, sin respeto

a mis servicios, me mande
al cadalso o al destierro.
En vano, en vano he querido
poner a sus furias freno,
uniéndole a la princesa
de Borbón. Tal casamiento
en vez de evitar los males
ha creado males nuevos
porque ha sido cual si uniesen
a un lobo con un cordero.
La misma noche de bodas,
desatendiendo los ruegos
de su madre, a doña Blanca
la dejó sola en el lecho,
para en Montalván reunirse
con la Padilla de nuevo.

LÓPEZ ¡La Padilla!... ¡Esa es la causa
de los males de estos reinos!
Ella nos rige, y Castilla
es de su familia un feudo.

CERDA Todos que vengar en ella
algún agravio tenemos.
Yo, por mi parte, el maestrazgo
de Calatrava, que siendo
de don Juan Núñez, mi tío,
el rey se lo dió a don Diego
Padilla...

SANCHO También a mí,
para dárselo a otro deudo
de doña María, el cargo
me quitaron de frontero
de Portugal...

ALVARO ¡Por su culpa
mi padre murió en destierro,
sin que la tierra sagrada
que reconquistó su acero
para la enseña de Cristo,
pudiese cubrir sus huesos!...

LÓPEZ Por causa de la Padilla
el rey corre loco y ciego
al abismo...

ALBUR. Hasta su madre
a nuestro lado se ha puesto.
Los infantes de Aragón
también son del bando nuestro,
y todos los ricos homes...

LÓPEZ Y hasta los bastardos, menos
don Fadrique, que aun vacila,
calientes los nobles restos
de doña Leonor, su madre,
—que, como todos sabemos,
en Talavera fué muerta,—
sus rencores han depuesto,
y en torno a la reina madre
también se agrupan, tendiendo
su mano a la ensangrentada
mano que les dejó huérfanos.

ALVARO ¡Vive Dios, que yo en su caso
otra cosa hubiera hecho!
A quien matase a mi madre
no tocara, ¡vive el cielo!,
mi mano, si antes que ella
no le tocase mi acero!

ALBUR. Francia nos dará su apoyo,
Aragón nos presta aliento,
y Portugal y Navarra...
Y hasta el pontífice ha puesto,
señores, en entredicho
la corona de don Pedro,
si no deja a la Padilla
y pacifica estos reinos,
uniéndose a doña Blanca,
su regia esposa, de nuevo.

ALVARO Poco el pontífice fuera,
y Francia y el mundo entero
si a su lado el rey tuviese
la nobleza de estos reinos,
que la tierra castellana
sienta mal al extranjero,
porque en sus senos encierra
mucho ardor y mucho hierro.

ALBUR. ¡Hay que separarlos pronto!
Esta noche... Aprovechemos

la ocasión, porque mañana
será inútil nuestro empeño.
El rey, con todos los suyos,
se fué a cazar. Pues a tiempo
que él caza garzas, nosotros
su paloma cazaremos,
y teniendo la paloma
el palomo será nuestro...
A Medina, donde esperan
las reinas, la llevaremos,
y allí prisionera muere
o profesa en un convento...

LÓPEZ Desde Sevilla a Medina
asegurados tenemos
los caminos por las gentes
de Trastamara...

ALBUR. Aquí, dentro
de palacio, ausente el rey,
somos los únicos dueños...

CERDA Y el oro todas las puertas
de la ciudad nos ha abierto.

SANCHO ¿Mas si don Fadrique llega
a sospechar?...

LÓPEZ No haya miedo
del maestre. Esta mañana
despidióse de don Pedro.
Para tornar a Llerena
todo lo tiene dispuesto...
¡Antes que salga la luna
ha de emprender el regreso!

ALBUR. Al sonar las oraciones
en el próximo convento,
a robar a la Padilla
enmascarados vendremos
todos aquí, que este patio
conduce a sus aposentos.
Yo respondo de la guardia
del alcázar... Hasta luego.

SANCHO El cielo os guarde, Alburquerque.

ALBUR. ¡Señores, guárdeos el cielo!

(Salen los caballeros por el primer término de la izquierda.)

ESCENA II

DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE y PERO LÓPEZ DE AYALA.

LÓPEZ — Pero señor, ¿qué os dijo
la reina doña María?

ALBUR. — Que aun en contra de su hijo
nuestro plan apoyaría,
porque a sufrir se subleva
su alma generosa y brava
el yugo de esa manceba
que hizo a Castilla su esclava.

LÓPEZ — Mas, ¿su hijo?

ALBUR. — Desprendido
del yugo de esa mujer,
volverá don Pedro a ser
esclavo de su valido.
Y si en su fiera arrogancia
se opone a cuanto ambiciono,
no le arriendo la ganancia
ni a don Pedro ni a su trono.
Un niño don Pedro era
cuando su padre murió.
En bandos Castilla entera
contra él se levantó.
Noble con exceso fuí,
que el cetro que se caía
de su mano, ¡ pese a mí !,
le sostuve con la mía.
Mas probarle quiero yo,
por su ingratitud cruel,
que el que al trono le subió
es capaz de echarle de él.

LÓPEZ — Mas, ¿quién en esta nación
ha de reinar?

ALBUR. — ¡ Voto a tal !
Don Pedro de Portugal,
don Fernando de Aragón,
Enrique de Trastamara...
Cualesquiera de ellos, pues

cualesquiera de los tres
tiene firme el brazo para
regir el reino...

LÓPEZ ¿Mas vos?

ALBUR. Nunca de ello presumí,
que es un reino, ¡ vive Dios !,
poca cosa para mí.
Pues no anhela mi esperanza
más premio ni galardón
que un cetro : mi férrea lanza,
y un trono : mi duro arzón.
Y mientras pueda blandir
la lanza, Ayala, mis leyes
haré a lanzazos cumplir
a los más altivos reyes.

LÓPEZ Mas yo quiero que me explique
vuestro ingenio cómo es
posible que don Enrique
esté con nosotros, ¡ pues
la reina madre dió muerte
a la suya !...

ALBUR. ¡ No hay razón,
que acalla al odio más fuerte
el grito de la ambición !
Mas nunca vuestra imprudencia
de ese crimen vuelva a hablar,
porque tornan a sangrar
heridas en mi conciencia...
Mas basta de reflexiones ;
nuestros planes ultimemos,
y aquí por ella vendremos
al sonar las oraciones.

(Salen por la izquierda.)

ESCENA III

DON FADRIQUE y FERNÁN DE CASTRO, que aparecen por el fondo.

CASTRO ¿Qué pena os ha encadenado?
¿Qué cólera os estremece
que vuestro rostro parece
el rostro de un condenado?

FADRIQUE ¿Cómo no he de estarlo, dí,
si llevo—¡ oh, suplicio eterno !—
todo el fuego del infierno
ardiendo dentro de mí?
¡ Antes cegara que ver
aquellos ojos que son
causa de mi perdición
y mi eterno padecer !
Ojos claros, ojos claros,
azules como el zafiro,
¿cómo poder olvidaros,
si me matáis al miraros
y muero cuando no os miro?
De vosotros me alejé
creyendo el mal evitar ;
pero todo inútil fué,
pues vivo pensando en que
pronto os volveré a mirar.
¡ Mas no, que aun antes que vea
mi cerviz doblada al yugo,
he de hacer que mi amor sea
de mi propio amor verdugo !...
Como la muy casta dama,
la de las manos crueles,
gloria de los Coroneles
y admiración de la fama,
la que con su propio fuego
quiso vencer sus hogueras,
yo he de hacer, amor, que luego
en tu propio fuego mueras.
Si mis ojos han de ser
llamas que te han de avivar,
yo haré mis ojos quemar
para no volverte a ver.

CASTRO ¿Vos que habéis siempre, señor,
al amor esclavizado,
cómo os habéis transformado
en esclavo del amor?

FADRIQUE De sus flechas me reí ;
me burlé de sus celadas ;
mas de las burlas pasadas
¡ qué bien se venga hoy de mí !

CASTRO Mas no temed a su estrago,
que la dama más altiva
será feliz si es cautiva
del maestre de Santiago.

FADRIQUE ¡No! Que en ímpetus fatales
mi amor se fué a remontar
donde no pueden llegar
ni las águilas caudales.
Y si algún día pudiera
abrigar una esperanza,
es tal mi desventuranza
que amor, de miedo, muriera.
Desde que mi alma la vió
¡ay, Fernán Castro, no sé
si ella en mi alma se entró,
o a ella mi alma se fué!
Pero ya no puedo más...
Oye mis secretos, pues
mi desgracia llorarás
cuando conozcas quién es
la causa de esta pasión
que apagar intento en vano...
la esposa del rey mi hermano...
¡Doña Blanca de Borbón!

CASTRO (Cubriéndose el rostro con las manos.)
¡Doña Blanca!... ¡Qué locura!

FADRIQUE ¡Ve si mi suerte es horrible,
pues he puesto mi ventura
más allá de lo imposible!
Ya sabes que fuí a Narbona
para traerla a Castilla,
a compartir la corona
con don Pedro... De Sevilla
salí—¡nunca tal hiciera!—
anhelando en mi furor
vengar a doña Leonor,
recién muerta en Talavera.
En Narbona la encontré...
Mas, ¡ay!, que apenas la vi
yo no sé lo que sentí
que sin habla me quedé;
huyó el color de mi cara,

y se doblaron mis dos
rodillas, cual si me hallara
a la presencia de Dios...
¡ Y desde entonces, fatal,
este amor desesperado
llevo en el pecho clavado
como si fuera un puñal !
Como curarme no espero,
de arrancármelo no trato,
pues si lo arranco me mato,
y si lo dejo me muero.
¡ Y puesto que he de morir,
en mi desesperación,
prefiero al fin sucumbir
con él en el corazón !

CASTRO — Huid de ella, porque bien
dice el sentir de la gente :
«Cuando los ojos no ven
el pecho, señor, no siente.»

FADRIQUE — Su amor conmigo concluye.
Como mi sombra me sigue ;
y si la persigo, huye,
y si huyo, me persigue.
Para mis cuitas finar,
al rey le vine a pedir
su licencia para ir
a la frontera, a lidiar
con las huestes agarenas...
¡ Bendito el dardo, el lanzón
que al pasarme el corazón
me liberte de estas penas !
¡ Para ver si de esta suerte,
luchando logro olvidar
amor que me ha de matar,
si ya no me dió la muerte !

CASTRO — Mas la reina ¿os ha alentado?

FADRIQUE — No sé... ni saberlo quiero...
Sólo sé que enamorado
de ella estoy, y amando muero...

ESCENA IV

Dichos y UN PAJE, que penetra por la izquierda.

PAJE — Para la marcha, señor,
todos están preparados;
y a la puerta, de impaciencia,
relincha vuestro caballo.

FADRIQUE — (Al paje.)
Vamos pronto.
A la Padilla
ve y dile en mi nombre, Carlos,
que para partir, tan sólo
despedirme de ella aguardo.
(El paje entra por la primera puerta de la derecha.)
Le debo a doña María
gratitud. Prestóle amparo
a mi madre, y generosa
su vida hubiera salvado
sin la traición de la reina,
y si se presenta el caso
ya verá doña María
como con creces la pago,
que olvidar deudas de honor
no es propio de hombres honrados.

ESCENA V

DOÑA MARÍA y DOÑA JUANA GARCÍA DE SOTOMAYOR, que aparecen por la derecha.

PAJE — Aquí está doña María.
(Don Fadrique y Fernán de Castro se inclinan.)

MARÍA — ¿El maestre de Santiago
se va a Llerena de nuevo?

FADRIQUE — Tan sólo estoy esperando,
para partir, que a besar
me deis, señora, las manos,
pues la gratitud que os debo
ya que no puedo pagaros

con mi vida, dejad que
os la pague con los labios.

(Se inclina y le besa las manos.)

MARÍA No me recordéis memorias
que olvidar debemos ambos;
hice por vos cuanto pude...
Y sabed que, en todo caso,
puede conmigo contar
el maestre de Santiago.

FADRIQUE Y yo la existencia entera
os diese, señora, en cambio,
y aun la vida es poco para
lo que os estoy obligado.
¡Adiós, señora! ¡Sabed
que en mí tenéis un esclavo!
Y si alguna vez—en estos
tiempos por que atravesamos
todo en lo posible cabe—
necesitáis el amparo
de un brazo y un corazón,
si os pueden servir en algo,
aquí, señora, tenéis
mi corazón y mi brazo!

(Don Fadrique y Fernán de Castro se inclinan y salen por la izquierda seguidos del paje.)

ESCENA VI

DOÑA MARÍA y DOÑA JUANA GARCÍA DE SOTOMAYOR.

JUANA ¡Pálida estáis, dueña mía!
No parece sino que
con la claridad del día
vuestra claridad se fué.

MARÍA Don Pedro cazando está
y sin él vivir no puedo.
Es sol que vida me da,
y cuando mi sol se va
yo no sé cómo me quedo.
Corro de acá para allí,
con mi soledad batallo,

y en mi ciego frenesí
busco algo que no hallo
ni en mí ni fuera de mí,
pues tras su recuerdo fiel
vaga aturdido mi amor,
dando aullidos de dolor,
igual que un ciego lebrel
en busca de su señor.
Mi corazón se subleva
cuando pienso en su partida...
¿Cómo no quedar dolida,
cuando en sus manos se lleva
como un anillo mi vida?
¡ Vida que tan suya es,
que si de ella se cansara
yo misma la deshojara
como una flor a sus pies !

ESCENA VII

Dichos y MENCÍA, con un laúd en la mano; URRACA, ALFONSO CARRELLO, ISABEL y damas, que entran por la verja del jardín.

MENCÍA (Acercándose a doña María.)
Aquí el laúd. El laúd
de aquel joven trovador
que, prendado de la reina
doña Juana de Aragón,
le hallaron una mañana
muerto al pie de un torreón,
con un venablo clavado
en mitad del corazón.
Tiene las cuerdas de plata...
¡ Señora, pulsadlo vos,
que sólo pulsarlo deben
manos que sepan de amor !

JUANA Cantadnos, doña María,
alguna nueva canción,
que los cantares y el vino
hermanos gemelos son,

pues ambos dicen que espantan
las penas del corazón.

MENCÍA ¿Os acordáis de la trova
a Sevilla, que, al fulgor
de la luna sobre el río,
en vuestra barca cantó
aquel remero de Gelves
con lágrimas en la voz?
Era una noche de mayo...
Don Pedro estaba con vos,
apenas convaleciente
de su mal. Bajo el blancor
del plenilunio, la barca
se deslizaba veloz,
como perdida en un sueño
de blancos lirios en flor.
¿Os acordáis? En el aire
se respiraba el olor
de las riberas floridas
de azahares... Se extinguió
como un perfume en el viento
el eco de la canción...
¡ Recitad aquella trova,
que quiera aprenderla yo !

ISABEL ¡ Recitadla !

URRACA ¡ Recitadla !

JUANA ¡ Siquiera por el amor
de esa ciudad que os adora
igual que se adora a Dios !

MARÍA (Acompañándose del laúd.)
Eres, Sevilla, igual que una
sultana pálida de amor,
que encanta un rayo de la luna
sobre un morisco mirador.
Tu regia pompa se retrata
bajo tus cielos de zafir,
como en espejos de oro y plata
en el azul Guadalquivir.
Tu nombre, dulce de cantar,
glorioso como el del laurel,
huele a jazmines y a azahar,
suena a laúd y sabe a miel.

Mansión de encantos hecha para,
sin voluntad, morir de amor
como una flor que deshojara
el salpicar de un surtidor.
Los ojos que una vez te ven
siempre contigo han de soñar,
y ni en la gloria del Edén
podrán tus glorias olvidar.
Aureo joyel de Andalucía,
otra ciudad cual tú no existe,
pues es, Sevilla, la alegría
la regia pompa que te viste.
¡ Córdoba tiene su mezquita,
Jaén su altiva catedral...
Sevilla nada necesita,
porque Sevilla tiene más !
Cielos más claros que ninguna,
noches más límpidas y bellas...
Aquí es más fúlgida la luna
y más brillantes las estrellas.
Tu juventud, ebria de amores
y sol, no sabe lo que es frío...
En ti no nievan sino flores
y llueven perlas de rocío.
Ciudad formada para el
sueño más bello del amor,
tienes la sangre del clavel
y el corazón del ruiseñor...
¡ Ciudad formada para el
sueño más bello del amor !

(Pequeña pausa. En el jardín aparece la luna.)

JUANA — Todo el alma de Sevilla,
igual que un ramo de azahar
sobre el seno de una novia
perfuma en ese cantar.

(Resuena un estruendo de trompas de guerra en el foro.)

MARÍA — (Alarmada.)
Esas trompetas, ¿qué son?

JUANA — (Corriendo al ajimez de la izquierda.)
Don Fadrique que se va
a Llerena con los suyos.

URRACA (Desde el fondo.)
¡ Venid, señora, y mirad
cómo atraviesan sus huestes
las calles de la ciudad !

ISABEL (Desde el jardín.)
¡ Qué gallardo va el maestre
cabalgando en su alazán !

JUANA Desde el jardín los veremos.

URRACA ¡ Venid, señora, y mirad !

(Doña María y las damas se dirigen al jardín entre el clamor de las trompetas. Al ir a salir Mencía la detiene Beltrán, que entra rápidamente por la izquierda.)

ESCENA VIII

BELTRÁN y MENCÍA.

MENCÍA ¡ Siempre os encuentro a mi lado !
¿El rey, acaso, Beltrán,
para honrarme, os ha nombrado
mi guardián?
¡ Vuestra terquedad me asombra !
¿Cuándo libre me veré?

BELTRÁN Cuando os deje vuestra sombra,
yo, señora, os dejaré.

MENCÍA Siempre que hablo me contesta,
como un eco dolorido,
vuestra voz torpe y molesta...
¿Cuándo dejará mi oído
de escuchar las tristes quejas
de vuestros locos amores?

BELTRÁN Cuando dejen las abejas
de buscar miel en las flores.

MENCÍA En vano vuestra porfía...
¡ Dejadme ya, señor paje !

BELTRÁN No puedo, doña Mencía,
que traigo un doble mensaje.
(Mencía intenta escapar. Beltrán la detiene.)
Escuchad... El rey lo ordena.

MENCÍA Si me niego a obedecer,

decid, Beltrán, ¿qué condena
el rey me puede imponer?

BELTRÁN Su justicia es vengadora
con la traición... ¿Ya sabéis?...
Que os den mil besos, señora,
donde vos mejor gustéis;
pues generoso es su pecho,
y a los reos de traición
suele dejar un derecho:
el derecho de elección...

MENCÍA Mil besos... ¡Ay, qué insolencia!

BELTRÁN Y estos mis labios serán
los dos verdugos que harán
en vos firme la sentencia.

MENCÍA ¿Y si a cumplirla me niego?

BELTRÁN Mis brazos serán prisión...
¡Y os quemaréis en el fuego
dentro de mi corazón!

MENCÍA Por no sufrir tal ultraje
os oigo. Como es de ley
decid el doble mensaje...
Pero primero el del rey...

BELTRÁN Ya sabéis, doña Mencía,
que, como mozo galán,
gusta de la cetrería...
Sobre un soberbio alazán,
todo enjaezado de oro
y perlas, que le envió
desde Granada el rey moro,
esta mañana salió
con otros nobles señores,
de Sevilla, la leal,
a probar unos azores
llegados de Portugal.
Y como soy su halconero
favorito, también iba
cabalgando en un overo
en la regia comitiva.
Por esos montes cazando
pasamos entero el día:
él, en su dueña pensando,
y yo en vos, doña Mencía.

A su lado me llamó,
y en voz baja me ordenó
que regresase a Sevilla,
galopando a rienda suelta,
para dar a la Padilla
la noticia de su vuelta.
Y encontrar no pudo él
un mensajero mejor,
¡ que al más cansado corcel
alas le presta el amor !
Y ya que os di su mensaje,
ahora, señora, escuchad
otro que para vos traje...
¡ Mis tristes ojos mirad,
y ellos os dirán, Mencía,
todo lo que el alma siente
cual decirlo no podría
el labio más elocuente !
¡ Miradlos por vos llorar,
pues el llanto es el mejor
lenguaje para expresar
las tristezas del amor !

MENCÍA (Conmovida.)
¡ Beltrán, Beltrán, yo no quiero
que sufras así, que llores... !
(Contemplando el jardín, donde resuenan las risas de las damas.)
Mas mira : aquel limonero
está dejando sin flores
mi señora... Trae un ramo
tan grande, que se dijera
que es ella la primavera...

BELTRÁN ¡ Mencía... ! ¡ Cuánto te amo !

MENCÍA ¡ Calla, calla, señor paje !...
¿ Cuándo al fin te callarás ?
Se acerca ella, y podrás
ahora decirle el mensaje.
(Se dirigen al jardín, donde se ven cruzar a doña María y algunas damas. Por la puerta de la izquierda aparecen Alburquerque y Pero López de Ayala.)

ESCENA IX

ALBURQUERQUE y PERO LÓPEZ DE AYALA.

ALBUR. Alguna noticia urgente
Beltrán ha traído. Acabo
de verle entrar a galope
desempedrando ese patio.
Tiró las bridas al cuello
y descabalgó de un salto,
y aquí se entró tan de prisa
que alcanzarle no he logrado.

LÓPEZ (Temeroso.)
¡ Si algún traidor a don Pedro
le dió la noticia estamos
perdidos !

ALBUR. ¿Por qué temores
si armas tenemos y brazos?
Y puesto que en esta empresa
la cabeza nos jugamos,
si a traición nos han vendido,
en vez de esperar, temblando
como viles mujerzuelas,
las cóleras del tirano,
esperemos como hombres
con las armas en la mano.
Retroceder no es posible ;
todo está ya preparado ;
prontas las gentes de armas ;
los corceles enjaezados.
Al sonar las oraciones
aquí estaremos. En tanto,
para que seguir no puedan
las huellas de nuestros pasos,
desjarretaremos todos
los corceles que han quedado
en esas caballerizas...
Y encerraremos al paso
en las cuevas del alcázar
palafreneros y esclavos...

LÓPEZ Aquí viene la Padilla
con Beltrán...

ALBUR. Ayala, vámonos;
no sospeche de nosotros
al mirar que la espiamos.

(Se van por la izquierda.)

ESCENA X

DOÑA MARÍA, DOÑA JUANA, MENCÍA, URRACA, ISABEL, BELTRÁN y damas, que entran por la verja del foro, con grandes ramos de flores.

MARÍA Frescas guirnaldas de rosas
en los arcos colocad;
cubrid de lirios el suelo
y mi cámara adornad
con manojos de claveles
y con ramos de azahar,
que mi amor regresa y gusta
entre flores reposar.

(Algunas damas suspenden guirnaldas de los arcos. Otras penetran con las flores en el aposento de doña María.)

Encended todas las lámparas,
y de las arcas sacad
la veste mejor labrada,
el más soberbio collar,
las joyas más ricas, todo
cuanto me pueda ataviar,
porque le gusta mirarme
ataviada a mi galán.
Cumplid mis órdenes presto...
¿Llegará pronto, Beltrán?

BELTRÁN Tal ansia tiene de veros,
que para presto llegar
alas su misma impaciencia
a su corcel prestará.

MENCÍA (Saliendo de la estancia de doña María.)
Señora, el rey ha llegado...

BELTRÁN Aquí le tenemos ya.

(Aparece don Pedro por la estancia de doña María, vestido de caza y con un gerifalte al puño. Doña María corre hacia él.)

ESCENA XI

Dichos y DON PEDRO.

MARÍA ¡Don Pedro!
PEDRO ¡Doña María,
felices ojos que van
a verte después de tantas
horas que ciegos están! (A Beltrán.)
Toma el gerifalte, toma
mis armas y ve, Beltrán,
a la entrada del jardín
a recoger mi alazán,
que fatigado, de tanto
como ha corrido, estará.
MARÍA ¡Mi corazón va a romperse
de tanta felicidad!...
¿Cómo llegasteis tan pronto?
PEDRO Un deseo de mirar
tus pupilas, de sentirte
entre mis brazos temblar
me acometió de repente...
Volví rienda a mi alazán...
Nadie sabe mi partida
ni nadie me ha visto entrar...
MARÍA ¡Dueñas mías, dueñas mías,
marchaos a descansar!

(Salen las damas por la puerta de la derecha.)

ESCENA XII

DON PEDRO y DOÑA MARÍA.

MARÍA ¿Vendrás fatigado de la cetrería?
PEDRO Tres leguas por verte corrí en una hora...
¿Mas qué son tres leguas, si el amor nos [guía?
Amor tiene alas, distancias devora...

Con las bridas sueltas, flotantes las crines,
sintiendo la espuela sangrar los hijares,
mi corcel volaba por esos jardines
que nievan el suelo con sus azahares.
Un rastro de flores dejó su carrera.
¡ Amorosamente temblaban sus ancas,
igual que si en ellas resbalar sintiera
las tibias caricias de tus manos blancas !

MARÍA ¡ Oh dulces verdades y tiernas mentiras !
¡ Qué alegres mis manos en tus manos [presas !
Se apagan mis ojos si tú no los miras ;
se secan mis labios si tú no los besas...
A tu lado todo de gozo florece...
¡ Viéndome en tus ojos recobro la calma,
porque al verme en ellos, señor, me [parece
que miro mi alma dentro de tu alma !

PEDRO ¿Te acuerdas, María? ¿Te acuerdas, [María?
Te vi en una tarde clara como ésta...
También, como ahora, de caza volvía,
galopando solo por esa floresta,
gerifalte al puño y al cinto la espada,
ebrio con la gloria de mis quince abriles,
sueltos a la fresca brisa perfumada
mis rubios y undosos rizos juveniles...
Entre locos sueños, en la maravilla
de la tarde, el alma respiraba entera
el perfume múltiple que exhala Sevilla
que es todo el aroma de la primavera.
Bajo el argentino claro campaneo
que la floreciente tarde armonizaba,
sediento de presas, era mi deseo
como el gerifalte que al puño llevaba.
Refrené mi potro... Revoloteaban
las palomas sobre un alfeizar, María.
Unas en tus manos el trigo picaban,
y otra, más traviesa, su pico extendía
buscando tus labios, con su tembloroso
plumaje peinando tu negro cabello...
¡ Mi halcón sobre ella lanzóse celoso,

y sus corvas garras las hundió en su
[cuello !...
¡ Y lanzando un grito de horror, dolorida,
a tus propios senos llevaste la mano,
igual que si en ellos sintieses la herida
del amor, que tiene garras de milano !

MARÍA ¿Y cómo mi labio reprimir podría
un grito de angustia, si también tu halcón,
al par que apresaba la paloma, hundía
sus garras sangrientas en mi corazón?
Un presentimiento suspiró a mi oído,
con la voz que oímos temblar en un sueño :
—¡ Tu alma ya no es tuya !... ¡ Su dueño
[ha venido !...
¡ Y alma y vida, juntas, se las di a mi
[dueño !
Te amo porque eres generoso y fuerte ;
porque me subyuga tu altivo mirar ;
porque ha encadenado tu orgullo a la
y altivo la miras sin pestañear ! [muerte
Y cuando mis manos tus rizos separan,
de orgullo y de miedo salta el corazón,
y mis dedos tiemblan, cual si acariciaran
las enmarañadas crines de un león.
¡ Reposa en mis brazos ! Da todo al
[olvido...
¿Qué te importan reinos, cetro ni co-
[rona?...
¡ Con las zarpas prestas y atento el oído,
mi león, tus sueños vela tu leona !

ESCENA XIII

Dichos y BELTRÁN, que entra por la derecha.

BELTRÁN Su Alteza me perdone... mas venía...

PEDRO ¿Qué pasa? Dí, Beltrán, ¿cómo te atreves
a penetrar aquí?

BELTRÁN (Tembloroso.) Están, don Pedro,
desjarretados todos los corceles
en las caballerizas...

PEDRO ¿Es posible?
Mas, ¿cómo? Dí, Beltrán...

BELTRÁN ¡Venid y vedles!
Hasta vuestro alazán, en este patio,
bañado en sangre y en sudor se muere...

PEDRO ¡Dame un hierro, Beltrán! Vuelvo, María.
¡Sepamos presto qué misterio es éste!

(Beltrán toma una antorcha y sale con don Pedro por la primera puerta de la derecha. Suenan las oraciones en el convento próximo. Doña María se arrodilla. Algunas sombras aparecen en el fondo del jardín.)

ESCENA XIV

DOÑA MARÍA y conjurados.

MARÍA (Rezando.)
¡Señor, por las afrentas que sufriste,
haz que repose el corazón del triste,
y que sus llagas dolorosas
se conviertan en rosas!...
¡Señor, por las afrentas que sufriste!
¡Señor, por el dolor de tu pasión,
unge con la piedad de tu perdón
a los que en brazos del mal gimen,
a la traición y al crimen!...
¡Señor, por el dolor de tu pasión!
¡Señor, por las espinas de tu sien,
por la sangre que corre por tu faz,
da a los ojos el sueño, y da también
al corazón la paz!...
¡Que nadie turbe vuestra gloria!...
¡Amén!

(Los conjurados se han ido acercando cautelosamente a doña María. Esta, al levantarse, los contempla y retrocede asustada.)

ALBUR. (En voz baja a los conjurados.)
Vigilad esas puertas...

MARÍA Mas, ¿qué es esto?
¡Traición, traición! (Gritando.)

ALBUR. (Amenazándola con un puñal.)

¡ Silencio ! ¡ Una palabra
y sois muerta !

MARÍA ¡ Socorro !

ALBUR. ¡ No gritéis,
o mi puñal os hundo en la garganta !

MARÍA ¡ Don Pedro, a mí, don Pedro... !

(Los conjurados arrebatan a doña María.)

ESCENA XV

Dichos y DON PEDRO, BELTRÁN y damas. Las damas salen precipitadamente por la segunda puerta de la derecha, y después don Pedro y Beltrán. Todo rapidísimo.

DAMAS ¿Qué sucede?

MARÍA (Gritando por el foro.)
¡ Amparadme !

ALBUR. ¡ Ponedle una mordaza !

DAMAS (Gritando, mientras los conjurados se llevan a doña María hacia el jardín.)
¡ Se la llevan... ! ¡ Socorro !

MARÍA ¡ A mí, don Pedro !

DAMAS (Como locas, gritando.)
¡ Socorro... ! ¡ Auxilio... ! ¡ Compasión... !

PEDRO (Apareciendo en la primera puerta de la derecha.)
¿Qué pasa?

DAMAS Se la llevan.

(El rey corre hacia los conjurados, y al ir a escapar por la verja, sujeta del tabardo a López de Ayala. Don Pedro levanta la espada. Pero López de Ayala cae de rodillas.)

LÓPEZ ¡ Piedad !...

PEDRO ¡ Presto ! ¿Quién eres?

LÓPEZ ¡ Tened piedad, señor !

PEDRO (Arrancándole el antifaz.)
¡ López de Ayala !

LÓPEZ Me arrastró la lealtad... Pensé serviros...

PEDRO ¡ Disculpas no me des !... ¡ La verdad !...
¡ Habla !

LÓPEZ Alburquerque y La Cerda se la llevan
a Medina del Campo...

PEDRO (Sacudiéndole violentamente por el brazo.)
¡ Traidor, basta !
¡ Puesto que al hombre transformáis en [fiera,
la fiera va a rugir... Desde este instante,
para saciar mi sed no habrá bastante
sangre, traidores, en Castilla entera !...

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Galería en el castillo de Medina del Campo. Al fondo, una gran puerta gótica que da a la iglesia. A la izquierda, dos amplios arcos que conducen a las almenas. A la derecha, la puerta de la cámara de doña María de Padilla y un postigo que se supone da a un subterráneo. En el centro de la escena, un alto crucifijo de talla, iluminado por una lámpara de aceite.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE, DON JUAN DE LA CERDA, DON FERNÁN RUIZ DE CASTRO y fijosdalgos, conversando en torno de la cruz.

ALBUR. Fijosdalgos de Castilla,
fijosdalgos, que jurasteis
por la cruz de vuestro acero
y el honor de vuestra sangre
prestar amparo a las reinas
contra el rey, llegó el instante
en que, matando o muriendo,
vuestra palabra cumpláis,
que abandonar tales damas
en tan peligrosos trances
no es propio de caballeros
que se precien de galanes.
Frente a Medina, don Pedro
piensa sentar sus reales.
Y en su furor ha jurado
no alzarlos, mientras no sacie
su venganza— no en nosotros,
que hombres somos y no en balde

ceñimos cotas y espadas
para morir como tales,
¡ sino en la sangre inocente
de su esposa y de su madre !
Y vosotros, fijosdalgos,
si a vuestro honor sois leales,
en tanto que por las venas
corra una gota de sangre
¿permitiréis que se cumplan
juramentos semejantes?

FIJOSDAL. ¡ Nunca !

ALBUR. (Solemnemente, arrodillándose al pie del crucifijo.)
¡ Por los evangelios,
juro, a los pies de esta imagen,
prestar amparo a las reinas !...
¡ Y antes que las desampare
que mi cabeza miréis
sangrando de esos adarves,
y piquen cuervos mis ojos
y coman lobos mis carnes !

FIJOSDAL. (Arrodillándose y extendiendo los brazos para jurar.)
¡ Nosotros también juramos !

ALBUR. (Levantándose y señalando las almenas.)
¡ Desplegad los estandartes ;
enjaezad vuestros corceles,
que antes que la aurora bañe
las torres de este castillo
con sus vivas claridades,
las roncas trompas de guerra
atronarán esos valles
para salir al encuentro
de las mesnadas reales !

(Los fijosdalgos se inclinan y salen por la arquería de la izquierda.)

ESCENA II

ALBURQUERQUE, LA CERDA, FERNÁN RUIZ DE CASTRO y SANCHO FERNÁNDEZ DE TORO conversando en el primer término de la izquierda.

ALBUR. ¿Qué noticias, campeones,
trajeron de nuestro campo?

SANCHO La gente de don Enrique
de Toro se ha apoderado;
y los infantes esperan
tomar Burgos por asalto.

CERDA Y el rey, a nuestro mensaje,
¿qué respondió...?

ALBUR. Don Fernando,
repetid a estos señores
cómo cumplísteis mi encargo.

CASTRO (Un poco desconcertado.)
En servicio de las reinas
llegué ayer tarde a su campo
en la punta de mi lanza
mi blanca toca agitando.
Paré a la tienda del rey,
y las rodillas doblando
quise entregarle los pliegos...
¡mas los rechazó su mano!
Y me dijo, lentamente,
con los dientes rechinando,
cual si sus propias palabras
las desgarrase en los labios:
—No quiero ver esos pliegos,
ni me habléis de ellos, Fernando,
que pliegos de esta ralea
manchan mis reales manos.
Para que de ellos no queden
ni los más ligeros rastros,
a vuestra vista, el verdugo
ahora mismo va a quemarlos,
y aventará para siempre
su ceniza en el espacio.
¡Vos, volved con los rebeldes,
si ahora merced os hago
de la vida, es porque espero
mañana mismo colgaros
de los muros de Medina
sobre el almenar más alto!
Y volviéndome la espalda,
salió furioso, exclamando:
—¡Pronto, mis gentes de armas,
prended fuego a todo cuanto

en este lugar se encierra,
para que el fuego sagrado
devore lo que el aliento
de un traidor ha profanado !

(Pequeña pausa. Más desconcertado.)

Ya no hay que pensar en paces...
¡ Don Pedro no admite pactos
ni dará a nadie cuartel !...

ALBUR. (Violentamente.)

Mas ¿quién en ello ha pensado?
No hay más razón que las armas...
¡ Y a las armas apelamos !
¿Medina suya? ¡ Medina
será de don Pedro cuando
mi cinto no lleve espada
ni mis hombres tengan brazos !

CERDA (Con recelo.)

Mas ¿si hay traidores?

ALBUR. Se cuelgan
de una almena para pasto
de las aves de rapiña...

CERDA (Insistente.)

Mas si entre ellos acaso
hubiese alguno...

ALBUR. Don Juan
de La Cerda, ¡ hablemos claro !
¿Sospecháis?...

CERDA De don Fadrique.

CASTRO (Con violencia.)

¡ Vive Dios que es de villanos
ofender al que no puede,
por no estar presente al caso,
a la lengua que le ultraja
arrancarla con su mano !
Mentís si tal sospecháis..

CERDA (Indignado, empuñando la espada.)

Esas frases, don Fernando...

CASTRO (Echando mano a la espada.)

¡ Siempre sostuvo mi espada
lo que dijeron mis labios !

ALBUR. (Interponiéndose con enérgica severidad.)

¡Callad... o haré un escarmiento!
El maestre de Santiago (A La Cerda.)
no puede infamar la cruz
que sangra sobre su manto.
Además, no es de los nuestros;
nada ofreció ni ha jurado.
A servir vino a las reinas
con el rey, de intermediario.
Marchad, don Juan, a dar órdenes
a la gente. Don Fernando,
vos, anunciad a las reinas
que al bañar el sol los campos
profesará a la Padilla...
Mas antes, daros las manos...

(Don Fernán Ruiz de Castro y La Cerda vacilan un instante. Después se estrechan fieramente las manos.)

CERDA (En voz baja.)
Las palabras que dijisteis...

CASTRO (Idem a La Cerda.)
Os las sostendré en el campo.

(Sale La Cerda por el primer término, seguido de don Sancho.)

ESCENA III

ALBURQUERQUE, FERNÁN CASTRO y DON ÁLVARO DE ZÚÑIGA, que entra por el segundo término de la derecha. Al verlo se detiene don Fernando.

ALVARO ¡Señor!
ALBUR. ¿Mi encargo cumplísteis?
¿Y las reinas?
ALVARO Con sus damas
en el salón de esa torre
ataviándose se hallan.
ALBUR. ¿Y la Padilla?
ALVARO Platica
con don Fadrique en su estancia...
Y a la profesión se muestra,

al parecer, resignada.

ALBUR. Acompañad al de Castro
donde las reinas aguardan,
y ejerced sobre el castillo
la más dura vigilancia.

(Sale por el segundo término de la izquierda.)

ESCENA IV

DON ÁLVARO y FERNÁN RUIZ DE CASTRO.

CASTRO (Viendo desaparecer a Alburquerque y dirigiéndose a don Alvaro.)
Tengo que hablaros, don Alvaro.

ALVARO ¿Qué queréis? (Sorprendido.)

CASTRO (Mirándole fijamente.) Oid con calma,
mancebo. ¿De este castillo
sois el alcaide, y la guardia
de la de Padilla os tienen
también en él confiada?

ALVARO Es cierto. (Alarmado.)

CASTRO (Con lentitud.) ¿Por qué creísteis
que la Padilla fué causa
de que vuestro padre fuera
desterrado de su patria,
vos habéis sido, don Alvaro,
traidor a vuestro monarca?

ALVARO (Sin poder contenerse.)
¡Vive Dios que si seguís
hablando!...

CASTRO (Con seriedad.) ¡Mancebo, calma,
que os conviene más que a mí
el escuchar mis palabras!
¡Don Alvaro, respondedme
con sinceridad, que os habla
un hombre para quien vos
oculto no tiene nada!

(Acercándose a don Alvaro.)

¿Es cierto que al conocer
la verdad de la desgracia
de vuestro padre, y que a ella

era la Padilla extraña,
pues obra fué de los mismos
que hoy defiende vuestra espada,
habéis jurado, don Alvaro,
de todos tomar venganza,
y arrepentido, del rey
queréis volver a la gracia,
para lo cual a su campo
llegasteis ayer mañana?...

ALVARO ¿Quién dijo?... (Espantado.)

CASTRO Vuestra conciencia,
que por vuestros ojos habla.
¿No habéis ofrecido al rey (Con lentitud.)
darle en el castillo entrada
esta noche, por alguna
galería subterránea
de vos solo conocida?
Pues vamos... ¡Don Pedro aguarda
que ahora, devoto, cumpla
don Alvaro su palabra!
Aquí he venido a avisaros...
¿Vuestra gente, preparada
se encuentra, a prestar su apoyo
a las huestes del monarca?

ALVARO (Convencido.)
Sólo a su señor esperan
para morir por su causa.

CASTRO A la entrada de la cueva
nuestro señor nos aguarda.

ALVARO (Señalando el postigo.)
Pues vamos... (¡Si me traicionas,
no quedaré sin venganza!)
(Desnudando el puñal, y saliendo recatadamente detrás de Castro por el postigo.)

ESCENA V

DOÑA MARÍA DE PADILLA y DON FADRIQUE, que salen por la primera puerta de la derecha.

FADRIQUE Señora, a salvaros vine,
y no hay tiempo que perder.

No dejad que tarde os pague
deudas que aún no os pagué,
que ser deudor de favores
a un noble no sienta bien.
Me enteré de vuestro rapto
cuando a Llerena llegué,
por un pliego de mi hermano
y de las reinas, en que
se me instaba a que tomase
parte en la traición también.
Y pensando en que salvaros
pudiera, el plan acepté.
Conmigo podréis partir
con el alba... Yo estaré
con mis huestes, esperandoos
de esas murallas al pie.
Conozco un camino oculto
y por él huir podréis.

MARÍA Perdonad, señor maestre,
que rechace auxilios que,
aunque agradecida os quede,
aceptar nunca podré,
porque el aceptarlos fuera
cobardía, y no altivez,
y entre cobarde y altiva,
altiva prefiero ser.
¡A traición me arrebataron
de los brazos de mi bien!...
El sabrá vengar la ofensa...
¡De aquí, señor, no saldré
—y perdonad mi osadía—
sino del brazo del rey!

FADRIQUE ¡Mas yo vine aquí a salvaros,
y os juro que os salvaré,
aunque tenga que arrasar
esta fortaleza, pues
dejaros aquí ahora, fuera
acción indigna de quien
ciñe acero y viste mallas
y lleva esta cruz también!
¡No abrigad una esperanza,
porque todo inútil es!...

¡ Cuando despunte la aurora,
señora, profesaréis !
Para salvaros, en vano
sus huestes congrega el rey,
porque al llegar a estos muros
no habrá ya esperanza, pues
será la esposa de Cristo
imposible para él.

MARÍA Mi alma entera os agradece
vuestra ayuda. Mas no huiré,
porque la gente no diga
que cobarde—al fin mujer—
por temor a su venganza
de sus manos me escapé,
que quien nunca ha delinquido
nada tiene que temer.
Aquí espero mi destino...
¡ Y si mi destino es
ahogar mi vida en un claustro,
tranquila al claustro me iré
a buscar a mis dolores
el consuelo de la fe !
¡ Y si la muerte me brindan
entonces, ya verán, pues,
cómo mueren en Castilla
las mujeres de mi prez,
y será honrada en la muerte
quien honrada en vida fué !

FADRIQUE Pues bien, señora, me marcho,
no vayan a sorprender
nuestra entrevista, y sospechen...
A solas, pensadlo bien...
Yo, al pie de esos torreones
aguardo al amanecer...
¡ Y si partir no quisierais...
yo solo me partiré,
porque presenciar no quiero
infamias de este juez...,
que el presenciarlas indigno
de un noble, como yo, es !...

(Se inclina y sale por el primer término de la izquierda.)

ESCENA VI

DOÑA MARÍA DE PADILLA.

MARÍA (Sola y abatida al pie de la imagen.)
¡ Piedad, piedad, Señor ! ¿No le ha basta-
a tu rigor las penas que he sufrido? [do
¡ Tantos insultos como he devorado !
¡ Tantas saetas como me han herido !
El vulgo vil escarneció mi nombre ;
mi fama manchan la traición y el dolo...
¿Que vos sufristeis más? Vos erais hom-
[bre,
y además erais Dios... ¡ Y yo soy sólo
una débil mujer desamparada,
que, en su doliente y lacrimoso anhelo,
a vuestros santos pies arrodillada,
lo que no halla en la tierra pide al cielo !
¡ Ayúdame, Señor, porque me falta
la fuerza, y el cansancio me domina...
Mi altiva frente, que brilló tan alta,
hoy entre el polvo de dolor se inclina !
¡ Pequé, Señor, pequé... Sueños livianos
me apartaron de ti !... ¡ Tú eres testigo
que viniendo el castigo de tus manos
aceptaré gustosa tu castigo !
Revolcándome en lecho de serpientes,
retorciéndome en medio de las llamas,
aun cuando crujan de terror mis dientes
y ardan mis huesos como secas ramas,
yo alabaré tu gloria justiciera,
porque hambrienta de goces me he entre-
[gado
—con todo el cuerpo y con el alma ente-
a los falsos deleites del pecado ! [ra—
Con la justicia tu poder coronas...
Pero piensa, Señor, si tú, que eres
todo misericordia, no perdonas
a los pobres mortales, ¿cómo quieres
que ellos, que son salvajes como potros
y vengativos como salteadores,

dando al olvido agravios y rencores
se perdonen los unos a los otros?
¡ Dale lepra a mi carne, al alma fuego ;
condéname al más bárbaro castigo,
que tranquila a tus cóleras me entrego
y en mi suplicio tu rigor bendigo !
¡ Pero salva este amor que tú encendiste
dentro del corazón, para que fuera,
en las tinieblas de mi vida triste,
la única estrella que su luz me diera !...
(Permanece un momento sollozando, abrazada a la cruz.)

ESCENA VII

Dicha, DOÑA BLANCA y DOÑA SOL.

(Estas últimas aparecen por el segundo término de la izquierda y se detienen al ver a la Padilla.)

BLANCA (Señalando a la Padilla.)
¡ Aquí está ya !
SOL (Deteniéndola.) ¿Qué va a hacer
su alteza?
BLANCA (Imponiéndole silencio con un gesto.)
¡ Callad, callad !
Voy a hablar a esa mujer...
¡ Vos, el patio vigilad !
(Avanza resueltamente hacia la Padilla, la cual, sorprendida, se alza y retrocede.)
MARÍA ¡ Esto más ! (Alzándose.)
BLANCA (Con feroz alegría.) ¡ Al fin os vi !...
¿Os extraña mi presencia,
o es que os grita la conciencia
al miraros frente a mí?
(Doña María inclina la frente y baja los ojos.)
¡ Palidece vuestra tez
y bajáis los ojos : tal
se presenta el criminal
ante la vista del juez !
MARÍA ¡ Piedad, señora ! (Cayendo de rodillas.)

BLANCA (Aproximándose a ella.) De mí,
tú, manceba, ¿la has tenido?...
¡A vengar aquí he venido
los ultrajes que sufrí!
Sin pena dejé mis lares,
alvidando, en mi alegría,
mis recuerdos familiares,
pensando que aquí hallaría
cuanto anhelante soñé:
la dicha, el amor y un trono...
¡Y en el más negro abandono,
al despertar, me encontré!
Herida de sus desdenes
por las burlas asesinas...
¡con la corona de espinas
sangrando sobre mis sienes!
Cuanto soñaba era tuyo...
Tú mataste mi esperanza...
¡Ya que no mi amor, mi orgullo
está pidiendo venganza!

MARÍA (Suplicante.)
No pudisteis ofrecerme
venganza más ejemplar..
¡Qué más venganza que verme
a vuestras plantas temblar,
sin vida y color la tez,
igual que ante vos me veo!
Tenéis razón... ¡Soy un reo
a la presencia del juez!
Oidme como juez ahora,
que a vuestro arbitrio me ofrezco...
Mas perdonadme, señora,
si vuestro perdón merezco.
(Pequeña pausa. Doña María la contempla sumisa.)
¡No me miréis tan severa!...
¿Pues qué culpa tengo yo
de que en mi pecho creciera
lo que el cariño sembró?
(Con profunda emoción.)
¡Amor brota porque sí;
y sin ley y sin razón,

florece en el corazón...
como ha florecido en mí!

BLANCA La pasión que sin piedad
del alma se enseñorea,
¿estáis segura que sea
amor, y no vanidad?
Deslumbra el regio fulgir
del trono... A su resplandor
¿quién acierta a distinguir
la vanidad del amor?

MARÍA ¿Qué me importa su realeza,
su gloria y su poderío,
cuando no existe grandeza
comparable al amor mío?
¡Bien se conoce, señora,
que en vuestra alma en reposo,
aun no despertó la aurora
de ese anhelo misterioso
que no sabe qué desea,
y es al par dicha y temor,
cuando tenéis una idea
tan mezquina del amor!
¡Si mi amado pobre fuera,
fuera mayor mi contento,
pues por pobre le quisiera
aun con más desprendimiento!
¡Si fuese moro o judío,
fuese menor mi cuidado,
porque al verle despreciado
le amara con mayor brío!
Si fuese traidor y falso...
¡con qué orgullo subiría,
la escalera del cadalso!
Y aun leproso le quisiera,
para que siempre, apartado
de todos, sólo a su lado
a mi cariño tuviera...
¡Con qué placer, en su encierro,
mi amor, en su idolatría,
la sangre le lamería
de sus llagas, como un perro!

(Exaltándose hasta el frenesí.)

¿Que me ciega su corona?
Callad, señora, esa ofensa,
porque mi amor no ambiciona
ni sueña más recompensa
que sus miradas amantes,
pues ellas son para mí
de más precio que el rubí,
las perlas y los diamantes,
los berilos y las gemas
que, cual mágico tesoro,
resplandecen en el oro
de sus fúlgidas diademas.
¡ Y es mi afecto tan profundo,
que para amarle quisiera
que en mi corazón latiera
todo el corazón del mundo !
¿Poder, riquezas y honor?
Sin grandezas me acomodo...
Arrebatádmelo todo...
¡ Pero dejadme su amor !

(En un arranque supremo.)

Y si tan inmenso bien
os hiere, a vos lo confío...
¡ Quitadme su amor también...
pero no tocad al mío !
¡ Mi amor !... Eso no os lo cede
mi orgullo, señora, a vos...
¡ que arrancármelo no puede
ni Dios mismo... con ser Dios !

BLANCA (Conmovida.)

Pues bien ; si tanto le amáis
—en vuestras palabras creo—
¿por qué no sacrificáis
a su paz vuestro deseo?
¡ Amor no es sólo gozar,
amor es también sufrir ;
sentir su fuego y morir
quemándose sin gritar !

MARÍA ¡ Si mi amor sin mí viviera
feliz, sacrificaría,
no esta pobre vida mía,
¡ sino mil, si las tuviera !

(Cae de rodillas con las manos juntas.)
Sois joven, hermosa y pura...
A vuestras plantas, de hinojos,
por el llanto de mis ojos,
por mi perdida ventura,
por todo cuanto sufrí,
mi amor os suplica ahora,
que le hagáis feliz, señora...
¡ Mas que se olvide de mí ! (Llorando.)
Y yo, en el claustro encerrada,
de esa santa cruz al pie,
al cielo le rogaré,
de mi alma destrozada
arrancando las raíces
de esa amorosa ansiedad :
—¡ Que seáis felices, felices
por toda la eternidad !
(Con loca desesperación.)
Mas si él no olvida mi amor...
si me busca... a él tornaré,
¡ y por su amor dejaré
hasta el trono del Señor !

BLANCA (Profundamente conmovida, con los ojos arrasados en lágrimas, alzando a doña María.)
Señora, del suelo alzad ;
recobrad vuestro sosiego,
y si es posible, os lo ruego,
mi imprudencia perdonad...
Y que a mi palabra abone
el llanto que mi alma llora...

MARÍA (Volviendo a su cámara, con voz solemne al traspasar los umbrales.)
Perdonémonos, señora...
¡ para que Dios nos perdone !

ESCENA VIII

DOÑA SOL y DOÑA BLANCA.

SOL (Acercándose a su señora.)
Os lo dije, mi señora...
Fué imprudencia...

BLANCA (Conmovida.) No lo ha sido...
¡Maldita la tiranía
que así esclaviza al cariño!...
¡Si ella tiene herido el pecho,
mi pecho está más herido!
Las dos un mal padecemos...
¡y cómo odiarnos, Dios mío,
si nuestra pena es la misma
y nuestro crimen el mismo!

SOL (Con misterio y temor.)
Señora, si alguien oyese...

BLANCA ¡Qué me importa, si ya he oído
gritar mi alma en su alma
maldiciendo del destino!
¿Por qué el Señor, si es un crimen,
me lo puso en mi camino?
(Dirigiendo los brazos al cielo.)
¿Qué culpa, decid, qué culpa
tengo yo de haberle visto,
y que quedase en sus ojos
este corazón cautivo?
(Queda un momento abatida.)

SOL (Viendo a don Fadrique, que aparece por el segundo término de la izquierda.)
Señora, el maestre llega.

BLANCA (Recobrándose.)
¡Cállate, corazón mío!

ESCENA IX

Dichas y DON FADRIQUE (que aparece por la arcada del segundo término de la izquierda.)

BLANCA ¿Conque os marcháis, don Fadrique?

FADRIQUE Si vuestra venia me dais
marcharé con la alborada.

BLANCA ¿Y dónde el maestre va?

FADRIQUE Puesto que armado me veis,
señora, no preguntad.
Allí donde pueda el temple
de estas mis armas probar,

que en la tierra castellana
es descanso el pelear...
¡ Y más para aquel que a solas
con sus recuerdos está !...
¡ Porque hay recuerdos que sólo
la muerte puede borrar !

BLANCA (Sin poder contenerse.)
Mas ¿si una herida?...

FADRIQUE ¡ Qué importa
herida que haga sangrar
el cuerpo, si tengo el alma
herida de muerte ya !

BLANCA (Con intención.)
¿Tan certera fué la espada,
o estaba, señor, tan mal
defendida que no pudo
el duro golpe evitar?

FADRIQUE Al hierro que nos ataca
el hierro puede parar.
¡ Mas no hay coraza que embote
una mirada mortal,
porque, sin verla, derecha
al corazón se nos va !
¡ Y al acordar lo tenemos
herido de muerte ya !

BLANCA (Con intención.)
Herida que abren los ojos
los labios pueden cerrar...

FADRIQUE (Vivamente.)
Mas, ¡ también pueden matarnos
de tanta felicidad !
(Acercándose a ella con un impulso vehemente.)
¡ Doña Blanca, doña Blanca !
¿Por qué da vuestra piedad
esperanzas al que tiene
muerta la esperanza ya?

BLANCA Mas, ¿qué fuera de la vida
sin esperanza?... ¡ Esperad,
que todo lo vence el tiempo,
y tiempo de todo habrá !

FADRIQUE ¡ Herida abierta en el alma,

el tiempo la encona más !

(En un arranque de pasión.)

¡ Señora ! ¡ Señora !

BLANCA (Haciendo un esfuerzo terrible para ocultar su emoción.) ¡ Idos !
Pero antes de marchar,
maestre de Santiago, oidme
esta balada que allá
en mis jardines de Francia
hizo el amor popular :
«Cristiano que vas al moro
por la cruz a guerrear...
¡ Toma este anillo de oro
y mételo en tu anular !
¡ Y si dentro de dos años
en mí no vuelve a lucir,
cubierta de negros paños
me iré a un convento a pudrir !
Anillo, prenda de amor,
que en su lecho de agonía
me entregó la madre mía,
no puedes serme traidor.
En prenda de amor te di ;
a mi amante séle fiel.
¡ Que él no regrese sin ti !...
Mas tú... ¡ no vuelvas sin él !»

FADRIQUE (Como hablando consigo mismo.)
¡ Dichoso el guerrero que
esa balada inspiró !

(Se queda un momento inmóvil contemplando vorazmente la sortija de doña Blanca.)

BLANCA Mas, ¿qué miráis, don Fadrique?

FADRIQUE (Ansiosamente.)
Señora, mirando estoy
esa sortija de oro
que en vez—¡ oh dulce ilusión !—
de engalanar vuestra mano,
con ella se engalanó.

BLANCA (Temblando de emoción.)
Fué regalo de mi madre...
Si os place... ¡ tomadla vos !

(Se lo da trémula. Don Fadrique, al tomarla, palidece.)

FADRIQUE (Como ebrio.)
¡Gracias, gracias, doña Blanca!
(En un arranque de pasión, apretándole las manos y mirándole hasta el fondo de los ojos.)

BLANCA (Abandonándose.)
¡Don Fadrique!

FADRIQUE (Soltándola súbitamente.)
¡Adiós!
(Se va por el segundo término de la izquierda.)

BLANCA ¡Adiós!
(Despidiéndole con los ojos y saliendo por el primer término. Se va seguida de doña Sol, que durante la escena ha permanecido detrás del arco del primer término.)

ESCENA X

DON PEDRO y DON ALVARO, que penetran recatadamente por el postigo.

ALVARO (Deteniendo al rey.)
Cubrid el rostro, señor,
que os pueden reconocer.

PEDRO (Con arrogancia.)
Ante sus vasallos nunca
oculta su rostro el rey.

ALVARO (Deteniéndole de nuevo.)
Mas ved, señor, que aun no es tiempo...

PEDRO Siempre es tiempo para quien
lleva en el cinto una espada
y manco, además, no es.
¿Dónde está doña María?
(Con impaciencia.)

ALVARO Esperad, señor...

PEDRO ¿Por qué?
¡Bien se conoce que aun no
sentiste palidecer

tu semblante ante el misterio
de unos ojos de mujer,
cuando a un amante aconsejas
que tarde en mirar su bien !...
¡ Pronto ! ¿Dónde está?

ALVARO — Su alteza
perdone... Mas mi deber...

PEDRO — Tu único deber, don Alvaro,
es callar y obedecer.

ALVARO — Mas nuestra vida, señor,
corre riesgo si a saber...

PEDRO — ¡ Llévame a mi amor primero,
mi vida guarda después,
que entre el amor y la vida
el amor primero es !

ALVARO — Mas, señor, señor, calmaos...
Esperad, señor, que estén
prevenidos todos cuantos
a fuerza de oro compré

PEDRO — (Severamente.)
Si llegar aquí a escondidas
yo, don Alvaro, acepté,
sin mi guión y mis gentes,
como un ladrón, es porque
así llegaba más pronto
a los brazos de mi bien,
porque sino, espada en mano
y embrazado mi broquel,
tomado hubiese el castillo
hasta convertirlo en
cenizas que raudo el viento
trocase en polvo después !...
¡ Cada minuto que pasa
sin mirarla un siglo es !

ALVARO — Pues por su amor os conjuro
a que escondido esperéis
la llegada de los nuestros,
a quien yo entrada daré
por el portillo que linda
con el río Zarpadiel.
Su presencia al son de esa

campana os anunciaré.
Entretanto, yo os respondo
de doña María... ¡Mas ved!
(Mirando a la arquería del patio. Después señala a don Pedro el postigo.)
Allí viene vuestra madre
con Alburquerque...

PEDRO (Al salir.) ¡Pardiez!
¡Los muros de este castillo
van a desplomarse al ver
cómo a vengar sus agravios
va la justicia del rey!
(Don Alvaro cierra el postigo y se acerca a los que llegan por el segundo arco.)

ESCENA XI

DON ÁLVARO, DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE y la REINA MADRE DOÑA MARÍA, que entran por el segundo término de la izquierda. Don Alvaro se inclina profundamente.)

ALBUR. A la nobleza, don Alvaro,
en el patio congregad,
pues va, al despuntar el día,
la Padilla a profesar.
El portillo que da al río
con vuestros hombres guardad,
porque, según aseguran
los adalides, están
ya las huestes de don Pedro
dando vista a la ciudad.

ALVARO ¿Nada más, señor, mandáis?

ALBUR. Al de la Cerda avisad
para que vaya a la reina
doña Blanca a acompañar.
(Don Alvaro se inclina y sale por el primer término de la izquierda.)

ESCENA XII

LA REINA DOÑA MARÍA y ALBURQUERQUE.

ALBUR. Arriesgamos la vida en la jugada,
pero entretanto la Padilla aliente,
de vuestro hijo la implacable espada
sobre nosotros estará pendiente.

REINA Mas ¿no bastan los muros de un con-
[vento
para apartarla de él? ¿Se atrevería
a robársela a Dios?

ALBUR. Su atrevimiento
¿a qué crimen, por ella, no osaría?
Don Pedro es impaciente, duro, osado.
Su corazón piedades no atesora...
¿Con sangre de qué fiera habéis, señora,
al cachorro real amamantado?

REINA ¡Es mi hijo!

ALBUR. Callad, que vuestras quejas
avivan mi rencor... ¡Sus hieles bebo!
¡Tocáis mi pecho, y las heridas viejas
vuelven a abrirse... y a sangrar de nuevo!

REINA ¡Mas tened compasión de la Padilla!

ALBUR. ¿Qué importa un crimen si borró su
[huella?
¿Qué importa que ella muera si con ella
se salva la corona de Castilla?

REINA ¡Yo no quiero que muera!... ¡Yo no
[quiero!
Es inocente... y se dirá mañana...

ALBUR. (Sordamente.)
¡También era inocente la Guzmana,
y cayó sin piedad bajo el acero!
En vano; en vano vuestros labios gimen
suplicando perdón. ¡Nos liga un fuerte
lazo irrompible!... ¡Sí, crimen por crimen!
¡Primero el claustro, mas después la
[muerte!

REINA Ante el crimen los nobles se alzarán
todos contra nosotros...

ALBUR. ¡Qué fortuna!
¡Entonces a mis pies, una por una,
sus altivas cabezas rodarán!
(Repica el esquilón de la iglesia.)

REINA (Atenta.)
¡Mas... escuchad!... Repica la cam-
[pana...

ALBUR. (Sombrío.)
¡Por la Padilla doblará mañana!

REINA (Deteniendo a Alburquerque.)
¡Piedad, don Juan!

ALBUR. (Adelantándose.) ¡Por nuestro amor, señora!
¡Por este amor que surge más ardiente
que el rosal luminoso de la aurora
en las lejanas cimas del oriente!
(Mirando a las almenas.)
Ya el sol del nuevo día centellea...

REINA (Decidiéndose.)
¡Triunfe otra vez el mal!... ¡Oh, don
[Juan! ¡Sea!
Sucumba a nuestro amor doña María.
Vuelva el crimen a unirnos con sus lazos...
¡Qué me importa, don Juan, si en vuestros
a los mismos infiernos bajaría! [brazos
(Alburquerque entra en la habitación de la Padilla. La campana continúa repicando.)

ESCENA XIII

Dichos y DOÑA MARÍA DE PADILLA, que sale con ALBURQUERQUE.

ALBUR. ¡Venid, señora!

MARÍA ¡Compasión, Dios mío!
(A Alburquerque.)
Tened piedad de mí... No consintáis
que se consuma el sacrilegio.

ALBUR. ¿Osáis
oponeros a Dios?

MARÍA En él confío.
De su eterna bondad, que nunca yerra,

aguarda el alma su postrer consuelo...
¡Puesto que no hay piedad sobre la tierra,
mi esperanza, Señor, dirijo al cielo!
(Viendo la impasibilidad de Alburquerque, se dirige a la reina.)
¡Señora, tu infinita piedad muestra!
¿Por qué consuelo a mi dolor no dais?...
¡Por vuestro amor, si amasteis, y por [vuestra
salvación, si creéis, no consintáis
que profane este templo con mi planta!...
¡Os lo pido postrada de rodillas!...
¡Ved como baña el llanto mis mejillas,
ahogando los sollozos mi garganta!
(A Alburquerque.)
¡Compadeceos de mi triste suerte!...
¡Dad a mi pecho atribulado calma!...
¡Antes que a esta pasión, matad mi alma,
y antes que profesar, dadme la muerte!...
¿Qué mal os hice para atormentarme?

ALBUR. (Cogiéndola de un brazo.)
No hay tiempo que perder. ¡Vamos, se- [ñora!

MARÍA (Abrazándose a la cruz.)
¡Señor, Señor, piedad!... Venid ahora
a ver si os atrevéis a arrebatarme
de los brazos de Dios!...

ALBUR. (Arrancándola.) ¡Doña María,
tan decidido estoy, que aun cuando fuera
preciso, hasta el altar os llevaría
arrastrando de vuestra cabellera!
Ni aun ante el crimen ¡vive Dios! me [arredro...
Ningún consuelo en tu dolor esperes...

MARÍA (Luchando.)
¡Gritaré, gritaré!

ALBUR. (Arrastrándola a la iglesia.) ¡Grita si quieres!
Mas ¿quién ha de ampararte?
(La conduce al templo.)

PEDRO (Abriendo violentamente las puertas y cruzándose de brazos.) ¡Yo!

MARÍA (Corriendo hacia él.) ¡Don Pedro!

ESCENA XIV

Dichos y DON PEDRO.

PEDRO (Interponiéndose. Los otros retroceden.)
¡Sacrílegos, atrás! Si estos lugares
intentáis profanar, roto el sudario,
de su sepulcro se alzará, terrible,
la sombra de Jesús crucificado,
¡oh viles mercaderes de conciencias!
para echaros del templo... ¡a latigazos!
(Alburquerque intenta avanzar. La Reina le contiene. Doña María se abraza a don Pedro.)
¡Ya en mis brazos estás!... ¡Venid aho-
[ra!...
¡venid a arrebatarla de mis brazos!

ALBUR. (Avanzando.)
¿Cómo entrasteis aquí?

PEDRO (Con voz de trueno.) Como vosotros
me la robasteis: a traición he entrado.
Mas ¿quién sois vos para exigir respues-
[tas
a vuestro rey? ¡Ante mis pies, vasallo,
hasta que el polvo que mis plantas hue-
[llan,
cobardes besen tus inmundos labios!

ALBUR. (Con desdeñosa altivez.)
Sólo así me veréis cuando mi tronco
esté de mi cabeza separado.

PEDRO Entrégame tu espada.

ALBUR. (Con sarcasmo.) ¿A vos, mi espada?
¡Es tan dura, señor, y pesa tanto,
que temo que, agobiada por su peso,
se desplome, al cogerla, vuestra mano!

PEDRO (Amenazante.)
¡Miserable! Verás cómo con ella
te arranco el corazón hecho pedazos!
(Tira de la espada. La Padilla lo detiene.)

MARÍA ¡Don Pedro, por piedad!

REINA (Interponiéndose.) Hijo, ¿qué es esto?
¿Te atreves a mi vista?

PEDRO (Atacando.) ¡Atrás, villano!...
¡Defiéndete, Alburquerque, cara a cara,
o sin defensa, como a un vil, te mato!
(La reina se interpone.)

ALBUR. ¡Estás en mi poder, mancebo loco!...
¡En el cubil del lobo te has entrado,
y de él no has de salir sin que conozcas
el tremendo poder de sus zarpazos!...

PEDRO (Arremetiendo. Alburquerque permanece impasible.)
¡Cobarde!

MARÍA (Deteniéndole por un brazo.)
¡Por piedad!

REINA (Idem por el otro.) ¡Detente, hijo!...
¡No pasarás, don Pedro!...

PEDRO (Desprendiéndose violentamente.) ¡Paso, paso!
¡Ya que no lúchas como un caballero,
tu rostro cruzaré como a un villano!
(Le cruza el rostro con el acero.)

REINA ¡Cielos!

MARÍA ¡Dios santo!

ALBUR. (Tirando de la espada.) ¡Con tu propia vida
castigaré la audacia de tu mano!

PEDRO ¡Muere, muere, traidor! (Lo desarma. Las dos mujeres, como locas, se interponen.)

MARÍA ¡Favor!

REINA ¡Auxilio!

ALBUR. ¡Aun me queda el puñal!

REINA (Sujetando a Alburquerque.) ¡Socorro!

MARÍA (Sujetando a don Pedro.) ¡Amparo!

(Las puertas de la iglesia se abren y aparecen doña Blanca y caballeros. Se oyen las primeras armonías del órgano.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, DOÑA BLANCA, damas y ricos hombres, que salen del templo. Se oyen gritos y cruzar de espadas. Por el patio penetran soldados batiéndose. Todo rapidísimo.

BLANCA ¡Ah! ¡Don Pedro! (Viendo al rey.)

VOCES (Dentro.) ¡Medina por don Pedro!

VOCES ¡Traición! ¡Traición! ¡Traición! (Dentro.)

CERDA (Entrando, herido, dirigiéndose a Alburquerque.)
¡Señor, huyamos!

VOCES (Dentro. Los soldados de don Pedro, capitaneados por Diego Padilla, invaden la escena, acorralando a los rebeldes.)
¡Viva el rey!

PEDRO (Serenamente, a los rebeldes.)
Entregaos. ¡Los aceros
espadas son en las altivas manos
de los nobles y honrados caballeros
y puñales en las de los villanos!
¡Ricos homes de pro, nobles varones,
hábiles en la fuga y en la intriga:
ya veréis cómo impávida castiga
la justicia del rey vuestras traiciones!
¡Os engañasteis, almas de ramera,
si en vuestro ciego y temerario encono
habéis soñado que mi espada fuera
vuestro escabel para asaltar el trono!
De vuestros locos sueños, ¿qué se ha [hecho?
¿De qué sirven, decid, vuestros furores?
¡Aquí tenéis de vuestro rey el pecho!
¡Clavad en él vuestro puñal, traidores!

REINA (Postrándose ante don Pedro.)
Mi amor les arrastró. ¡Tu madre implora
por todos ellos!...

PEDRO (Alzándola.) ¡Levantad, señora!
Indigna acción de mi justicia fuera.
Saldréis de mis dominios, desterrada
a Portugal, para que nunca alzada
contemple contra mí vuestra bandera.
(A doña Blanca.)
Y vos, que de mi lecho repudiada
estabais, como reina y como esposa,
a Toledo partid... Será Hinestrosa
vuestra guardia de honor...

ALBUR. Excomulgado
por el papa seréis...

PEDRO ¡Mi amor no inmolo!...
¡Que si manda el pontífice en mi Estado,

en este corazón mando yo solo!
¡Entregadle al verdugo!

REINA ¡Sólo un falso
anhelo le arrastró!

PEDRO ¡No le perdono!

ALBUR. (Al salir entre los soldados.)
¡Yo ascenderé las gradas del cadalso
con el orgullo del que sube a un trono!

PEDRO (Cogiendo de la mano a doña María. Resuena el órgano. El día comienza.)
El órgano resuena... (Señalando a la iglesia.)
Y vos, mi único amor, vos, que habéis
la sola voz que, generosa y buena, [sido
en mi perpetua soledad he oído...
La única sombra tierna y cariñosa
que endulzó con sus mieles mis pesares,
de mi mano venid a ser mi esposa,
de rodillas al pie de los altares.
¡La luz del sol alumbra refulgente
para que todos miren como brilla
la gloriosa corona de Castilla
en la gloria inmortal de vuestra frente!

TELÓN

FIN DE LA OBRA

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

DIRECCIÓN: SAN PABLO 21.—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

1 La princesa del Dollar
2. La ola gigante.
3. El señor conde de Luxemburgo.
4. La captura de Raffles, o el triunfo de Sherlock Holmes.
5 El sol de la Humanidad.
6 Zazá.
7. Mujeres vienesas.
8. Hamlet.
9. Giordano Bruno.
10. El nido ajeno.
11. El rey.
12. Prisionero de Estado, o la corte de Luis XIV.
13 Fantina, o los miserables.
14. La ladrona de niños.
15. Los dioses de la mentira.
16. Cristo contra Mahoma.
17. Juventud de príncipe.
18. Juan José.
19. La sociedad ideal.
20 La cizaña.
21. Entre ruinas.
22. La vida es sueño.
23. Sabotage.—Pasa la ronda.
24 Magda.
25 El papá del regimiento.
26. El alcalde de Zalamea.
27. Los dos pilletes.
28. Don Juan de Serrallonga.
29. El rey Lear.
30 Espectros.
31. Las cigarras hormigas.
32 El registro de la policía.
33. El vergonzoso en palacio.
34. La fuerza de la conciencia.
35 Aurora.
36. Eva.
37. El bufón.
38. El cuchillo de plata.
39. Nick Carter.
40 La cena de los cardenales. ¡Justicia humana!
41. El señor feudal.
42. El veranillo de San Martín.
43. El desdén con el desdén.
44 Amor de amar.—Cuento inmoral.
45. La dama de las camelias.
46. La domadora de leones.
47. El capitán cajero, o los dos sargentos franceses.
48. El místico.
49. García del Castañar, o del rey abajo ninguno.
50. La fierecilla domada.
51. El honor.
52. El sí de las niñas.
53 María Antonieta.
54. La viuda alegre.
55 El abate Faria y Edmundo Dantés, o el Conde de Montecristo
56. Otelo.
57 El barbero de Sevilla.
58. Daniel.
59. Pecado de juventud.

60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes.
61 La muerte civil.
62. La apuesta de don Juan Tenorio.
63. Sor Teresa, o el claustro y el mundo.
64 La niña boba, o buen maestro es amor.
65. El pan de piedra (El carbón).
66 Romeo y Julieta.
67. Los reyes ante la Inquisición.
68. Felipe Derblay.
69 Los malos pastores.
70. Huyendo del nido.
71. Claudio Frollo, o Nuestra Señora de París.
72. Pasión fatal, o Ana Karenine.
73. Margarita de Borgoña.
74. El héroe vencido, o el soldado de chocolate.
75. La máquina humana.
76 El ladrón.
77. El judío errante.
78. La Nazarena.
79. Las máscaras.
80. El difunto Toupinel.
81. El hijo del milagro.
82. Entre bobos anda el juego.
83. ¡El!—En flagrante delito.
84. Fualdés.
85. El adversario.
86 La portera de la fábrica.
87. Bernardo del Carpio.
88. La verdad sospechosa.
89. El alcázar de las perlas.
90. El lobo.
91. Carceleras.—Rejas y votos.
92. Amor de madre.—¡Guerra a la guerra!
93. La neña.
94. Doña María de Padilla.

Precio: DOS pesetas